

# **Cosas transparentes**

**Vladimir Nabokov**

Ésta es la penúltima novela de Nabokov, un «tour de force» literario protagonizado por Hugh Person, un joven editor norteamericano que realiza varios viajes a Suiza a lo largo de los años. Allí viajó su padre por última vez en su vida y allí deberá encontrarse Hugh con un distinguido escritor, pero también con sus propios fantasmas. Y, como resultado de esos viajes, Person se enamorará, se casará, se verá envuelto en un asesinato, será encarcelado, se sumirá en un periodo de locura e indagará en los enigmas de su pasado.

Una inquietante «nouvelle» perversamente cómica e intensamente lírica.

Vladimir Nabokov

# **Cosas transparentes**

Título original: *Transparent Things*

Vladimir Nabokov, 1972

*A Véra*



**A**quí está la persona que necesito. ¡Hola, persona! No me oye.

Tal vez si existiera el futuro, concreta e individualmente, como algo que un cerebro superior pudiera discernir, el pasado no sería tan seductor: sus exigencias estarían equilibradas por las del futuro. Entonces las personas podrían sentarse a horcajadas en el centro del balancín cuando examinaran este o aquel objeto. A lo mejor sería divertido.

Pero el futuro carece de semejante realidad (como la poseen el pasado que nos representamos mentalmente o el presente que percibimos); el futuro no es más que una figura retórica, un espectro del pensamiento.

¡Hola, persona! ¿Qué ocurre? No tires de mí. *No* le estoy molestando, de veras. Oh, de acuerdo. Hola, persona... (por última vez, en voz muy baja).

Cuando *nosotros* nos concentramos en un objeto material, sea cual fuere su situación, el acto mismo de la atención puede provocar nuestra caída involuntaria en la historia de ese objeto. Los principiantes han de aprender a deslizarse apenas sobre la materia si quieren que la materia permanezca en el nivel exacto del momento. ¡Cosas transparentes, a través de las cuales brilla el pasado!

Resulta especialmente difícil mantener en un enfoque superficial los objetos artificiales o naturales, inertes en sí mismos, pero muy utilizados por seres vivos despreocupados (usted piensa, y con toda razón, en una piedra en la ladera de un cerro sobre la que se ha deslizado una multitud de animalillos en el curso de incalculables estaciones): los principiantes atraviesan la superficie, tarareando alegremente para sus adentros, y pronto se recrean con infantil abandono en la historia de esta piedra, de ese brezo. Me explicaré. Una ligera película de realidad inmediata se extiende sobre la materia natural y artificial, y quienquiera que desee permanecer en el ahora, con el ahora, sobre el ahora, debe tener cuidado de no romper esa película. De lo contrario, el inexperto taumaturgo ya no se verá andando sobre las aguas, sino descendiendo verticalmente entre peces que le contemplan asombrados. Más dentro de un momento.

**M**IENTRAS la persona, Hugh Person (corrupción de «Peterson» que algunos pronunciaban «Parson»), extraía su anguloso cuerpo del taxi que le había llevado desde Trux a aquel destartado hotel en la montaña, y mientras tenía aún la cabeza agachada bajo la abertura, más adecuada para la salida de enanos, alzó la vista, no para agradecer el gesto de ayuda esbozado por el conductor, que le había abierto la portezuela, sino para cotejar el aspecto del hotel Ascot (¡Ascot!) con un recuerdo de ocho años atrás (una quinta parte de su vida), un recuerdo impregnado de pesar. Era un espantoso edificio de piedra gris y madera oscura, y lucía postigos de color rojo cereza (no todos cerrados), los cuales, por alguna peculiaridad mnemóptica, él recordaba como de color verde manzana. Las escaleras del porche estaban flanqueadas por faroles de carruaje electrificados y colocados sobre un par de postes de hierro. Por aquellos escalones descendió ágilmente un sirviente con delantal para hacerse cargo de las dos maletas y (bajo el brazo) la caja de zapatos, todo lo cual el taxista había extraído previsoriamente del bostezante portaequipajes. Person pagó al cuidadoso conductor.

El irreconocible vestíbulo era sin duda tan lúgubre como siempre lo había sido.

En el mostrador, mientras firmaba en el libro de registro y entregaba el pasaporte, preguntó en francés, inglés, alemán y de nuevo en inglés si el viejo Kronig, el director cuyo rostro orondo y falsa jovialidad recordaba tan claramente, estaba todavía allí.

La recepcionista (moño rubio, cuello bonito) le dijo que no, que *Monsieur* Kronig les había dejado para hacerse cargo de la dirección, imagínese, del *Fantastic de Blur* (o así sonaba). A modo de ilustración o prueba, le mostró una postal en la que predominaban los colores verde hierba y azul cielo, y en la que se veía a unos retrepados clientes. El pie figuraba en tres lenguas, y sólo el texto alemán era idiomático. El inglés decía *Lying Lawn* (césped tendido) y, como hecho a propósito, una perspectiva fraudulenta había ampliado la extensión del césped hasta proporciones monstruosas.

—Murió el año pasado —añadió la muchacha (la cual, *en face*, no se parecía nada a Armande), aboliendo cualquier interés que pudiera haber ofrecido un fotocromo del

Majestic de Chur.

—¿Así que no hay nadie que pueda recordarme?

—Lo siento —dijo ella, con la entonación habitual de la difunta esposa de Hugh.

La joven lamentó también que, como él no podía decirle cuál de las habitaciones del tercer piso había ocupado, ella, a su vez, no podía dársela, sobre todo porque aquel piso estaba completo. Llevándose una mano a la frente, Person dijo que estaba hacia la mitad del tercer piso, encarada al este, y que el sol iluminaba la alfombra que había al lado de la cama, aunque la habitación prácticamente carecía de vistas. Por mucho que deseara aquella habitación, la ley exigía que los archivos fueran destruidos cuando un director, incluso un antiguo director, hacía lo que Kronig había hecho (pues cabía suponer que el suicidio era una forma de falsificación de cuentas). Su ayudante, un apuesto joven vestido de negro, con pústulas en la barbilla y la garganta, condujo a Person a una habitación del cuarto piso, y durante la subida permaneció mirando con la concentración de un telespectador la pared azulada que parecía deslizarse hacia abajo, mientras, por otro lado, el no menos hipnotizante espejo del ascensor reflejaba, en los breves intervalos luminosos, al caballero de Massachusetts con su rostro largo, delgado, triste, la mandíbula algo hundida y un par de arrugas simétricas enmarcando su boca, lo cual le habría dado un aspecto brioso, caballuno, de alpinista, si no fuera porque su melancólica cargazón de espaldas contradecía aquella fantástica apostura.

La ventana estaba orientada al este, sí, pero desde luego tenía una vista: un tremendo cráter lleno de máquinas excavadoras (silencioso el sábado por la tarde y el domingo).

El sirviente con el delantal verde manzana trajo las dos maletas y la caja de cartón con la palabra «Ajustar» escrita en la envoltura, y Person se quedó a solas. Sabía que el hotel era anticuado, pero aquello resultaba excesivo. Aunque la *belle chambre au quatrième* era demasiado grande para un solo huésped y poco espaciosa para un grupo, carecía de toda clase de comodidades. Person recordó que la habitación del piso inferior donde él, un hombretón de treinta y dos años, había llorado con más frecuencia y amargura que nunca antes a lo largo de su triste infancia, también era fea, pero al menos no era tan irregular ni estaba tan desordenada como este nuevo aposento. La cama era una pesadilla. El «baño» tenía bidet (lo bastante amplio como para acomodar a un elefante de circo sentado), pero carecía de bañera. El asiento del inodoro se negaba a permanecer levantado. El grifo protestaba y despedía un fuerte chorro de agua herrumbrosa antes de serenarse para verter el apacible hilillo normal, que uno no aprecia suficientemente, que es un misterio fluido y sí, sí, ¡merecedor de que le erijan monumentos, fríos santuarios! Tras abandonar aquel innoble lavabo, Hugh cerró la puerta tras de sí con suavidad, pero, como un estúpido animalillo doméstico, la puerta chirrió y le siguió de inmediato a la habitación. Ilustremos ahora nuestras dificultades.



**M**IENTRAS buscaba una cómoda para guardar sus pertenencias, Hugh Person, hombre metódico y pulcro, observó que el cajón central de un viejo escritorio relegado a un rincón oscuro de la habitación, sobre el cual descansaba una lámpara sin bombilla ni pantalla que parecía el esqueleto de un paraguas, no había sido bien cerrado por el huésped o el sirviente (en realidad por ninguno de los dos) que hubiese sido el último en comprobar si estaba vacío (nadie lo había hecho). Mi buen Hugh trató de colocarlo bien. Al principio el cajón se negó a moverse, y luego, en respuesta a un tirón afortunado (que no podía dejar de beneficiarse de la energía acumulada tras varios empujoncitos), salió de golpe y liberó un lápiz. Hugh lo examinó brevemente antes de devolverlo al cajón.

No era una belleza hexagonal de cedro de Virginia o africano, con el nombre del fabricante grabado en letras de plata, sino un viejo lápiz de pino barato, muy sencillo, redondo, técnicamente sin rostro, teñido de un lila apagado. Diez años atrás se lo había dejado allí un carpintero que no había terminado de examinar, y no digamos de reparar, el viejo escritorio, cuando fue en busca de una herramienta que nunca encontró. Ahora viene el acto de atención.

En su taller, y mucho antes de eso en la escuela del pueblo, el lápiz se había ido desgastando hasta quedar reducido a dos tercios de su longitud original. La madera cruda de extremo afilado se oscureció hasta adquirir un color morado plumizo, mezclándose así su tinte con el de la roma punta de grafito, cuyo ligero lustre es lo único que la distingue de la madera. Un cuchillo y un sacapuntas de latón trabajaron minuciosamente en él, y si fuera necesario podríamos seguir el complicado sino de las virutas, cada una malva por un lado y canela por el otro cuando eran recientes, pero reducidas ahora a átomos de polvo cuya amplia, amplísima dispersión produce un pánico que corta el aliento; pero uno debe estar por encima de él, uno se acostumbra a él bastante pronto (hay terrores peores). En conjunto, se fue acortando suavemente, pues era de hechura anticuada. Retrocediendo unas cuantas estaciones (pero no tanto como para llegar al año en que nació Shakespeare, año en que se descubrió el grafito para minas) y reanudando la historia del objeto en la dirección del «ahora», vemos el grafito, molido muy fino, que muchachas y viejos mezclan con

arcilla húmeda. Esta masa, este caviar prensado, se coloca en un cilindro metálico que tiene un ojo azul, un zafiro al que han practicado un agujero, a través del cual se hace pasar el caviar. Sale en forma de apetitosa varilla continua (¡cuidado con nuestro pequeño amigo!), la cual parece retener la forma del tracto digestivo de una lombriz de tierra (¡pero mira, mira, no te desvíes!). Ahora la cortan a la medida adecuada para estos lápices concretos (atisbamos al cortador, el viejo Elias Borrowdale, y estamos a punto de acechar por encima de su antebrazo durante un recorrido de inspección, pero nos detenemos, nos detenemos y retrocedemos, en nuestra prisa por identificar el segmento individual). Lo vemos cocerse, lo vemos hervir en grasa (aquí una toma del lanudo donante de la grasa cuando lo matan, una toma del pastor, una toma del padre del pastor, un mexicano) y encajado en la madera.

Ahora no perdamos nuestro precioso fragmento de mina mientras preparamos la madera. ¡Aquí está el árbol! ¡Este pino concreto! Lo cortan. Sólo se utiliza el tronco, desprovisto de su corteza. Oímos el chirrido de una sierra eléctrica recientemente inventada, vemos cómo secan y sierran los troncos y cómo cepillan los tablones. Aquí está la tabla que proporcionará el revestimiento del lápiz contenido en el poco profundo cajón (todavía sin cerrar). Reconocemos su presencia en el tronco como reconocemos el tronco en el árbol y éste en el bosque y éste en el mundo que construyó el Desconocido. Reconocemos esa presencia por algo que nos resulta perfectamente claro pero que no tiene nombre, y tan imposible de describir como una sonrisa a alguien que jamás ha visto unos ojos risueños.

Así, todo este minúsculo drama, desde el carbono cristalizado y el pino talado hasta este humilde instrumento, hasta esta cosa transparente, se despliega en un instante. ¡Ay! ¡El sólido lápiz que manosea brevemente Hugh Person nos elude todavía de algún modo! Pero *él* no nos eludirá, oh, no.

AQUELLA era su cuarta visita a Suiza. La primera tuvo lugar dieciocho años atrás, cuando permaneció algunos días en Trux con su padre. Diez años después, a los treinta y dos, visitó aquella vieja población a orillas de un lago y cultivó con éxito la emoción sentimental, a medias maravilla y a medias remordimiento, yendo a ver el hotel en que habían estado. Un empinado sendero y un tramo de desgastados escalones conducían al establecimiento desde el nivel del lago, donde el tren local le había dejado en una insulsa estación. Retuvo el nombre del hotel, Locquet, porque se parecía al apellido de soltera de su madre, canadiense francófona, a la que Person padre sobreviviría menos de un año. Recordaba también que era ordinario y barato, y que se alzaba abyectamente al lado de otro hotel mucho mejor, a través de cuyas ventanas en la *rez-de-chausée* se podían distinguir los espectros de mesas decoloridas y camareros subacuáticos. Ahora ambos hoteles habían desaparecido y en su lugar se levantaba la Banque Bleue, un edificio de acero, todo él superficies pulidas, láminas de vidrio y macetas con plantas.

Hugh había dormido en una especie de fría alcoba, separada por una arcada y una percha de la cama de su padre. La noche es siempre un gigante, pero aquélla fue especialmente terrible. Hugh, que en casa había tenido siempre su propia habitación, detestaba aquella fosa común de sueño, y confió sombríamente en que la promesa de dormitorios separados se mantendría en las etapas posteriores de su gira suiza, que resplandecían más adelante, de un modo tenue, en una niebla pintada. Su padre, un hombre de sesenta años, más bajo y grueso que Hugh, se había vuelto un viejo descuidado desde su reciente viudez. Sus cosas despedían un olor característico, débil pero inequívoco, y gruñía y suspiraba mientras dormía, soñando en grandes y pesados bloques de tinieblas, que uno debía empujar y apartar de su camino o a los que uno tenía que trepar con angustiosos movimientos de impotencia y desesperación. En los anales de las giras europeas, recomendadas por los médicos de cabecera a ancianos jubilados para mitigar la aflicción de la soledad, no podemos encontrar ni un solo viaje que lograra ese objetivo.

Person padre siempre había sido poco mañoso, pero hacia el final de su vida, su manera de manosear torpemente en la bañera, palpando en busca del jabón de

transparente materia evasiva, o de tratar inútilmente de atar o desatar los componentes de ciertos artículos manufacturados para atarlos o desatarlos, resultaba cada vez más cómica. Hugh había heredado algo de esa torpeza; su exageración actual le molestaba como una parodia repetitiva. La mañana del último día del viudo en la así llamada Suiza (es decir, muy poco antes del acontecimiento causante de que todo se convirtiera para él en «así llamado»), el viejo chocho se peleó con la persiana veneciana con el objeto de comprobar el tiempo que hacía, y, como sólo consiguió tener un atisbo de la calzada húmeda antes de que la persiana descendiera en estrepitosa avalancha, decidió coger el paraguas. Éste estaba mal plegado, y el viejo empezó a arreglar los pliegues. Al principio Hugh le miraba en silencio, con la irritación y el disgusto pintados en su rostro. El desdén era inmerecido, puesto que existen montones de cosas, desde células vivas hasta estrellas muertas, que sufren de vez en cuando pequeños accidentes en las manos no siempre capaces o cuidadosas de sus anónimos formadores. Los negros pliegues se abrieron en desorden, hubo que ordenarlos y cuando el ojal de la cinta estaba preparado para usarlo (un diminuto círculo tangible entre índice y pulgar), su botón desapareció entre los pliegues y surcos. Tras contemplar durante algún tiempo aquellas ineptas manipulaciones, Hugh arrancó el paraguas de manos de su padre, de un modo tan brusco que el viejo siguió amasando el aire unos instantes antes de reaccionar con una amable sonrisa de disculpa ante la súbita descortesía. Sin decir palabra, Hugh plegó y abrochó furiosamente el paraguas, el cual, a decir verdad, apenas había adquirido una forma mejor de la que el padre finalmente le habría dado.

¿Cuáles eran sus planes para aquel día? Desayunarían en el mismo lugar donde habían cenado la víspera, y luego irían a hacer unas compras y a ver muchas cosas. La catarata Tara, un milagro local de la naturaleza, estaba pintada en la puerta del retrete, en el pasillo, y reproducida también en una enorme fotografía que decoraba la pared del vestíbulo. El doctor Person se detuvo ante el mostrador para preguntar con su habitual agitación si había correo para él (aunque no esperaba ninguna carta). Tras breve búsqueda apareció un telegrama para una señora Parson, mas nada para él (salvo la sorda conmoción de una coincidencia incompleta). Había una cinta métrica enrollada cerca de su codo, y él empezó a rodear con ella su voluminosa cintura, perdiendo el extremo varias veces, mientras explicaba al sombrío portero que quería comprarse unos pantalones de verano en el pueblo y deseaba hacerlo con lucidez. Este galimatías le pareció a Hugh tan detestable que empezó a dirigirse a la salida antes de que la cinta gris estuviera enrollada de nuevo.

**D**ESPUÉS del desayuno encontraron una tienda de aspecto adecuado. *Confections. Notre vente triomphale de soldes.* Nuestra ganga triunfantemente vendida, tradujo su padre, y Hugh corrigió con fatigado desdén. Sobre un trípode de hierro, fuera del escaparate, había un cesto con camisas dobladas, sin proteger de la lluvia, que se había intensificado. Se oyeron truenos. El doctor Person, cuyo temor a las tormentas era otra fuente de irritación para su hijo, le pidió nerviosamente que entraran allí.

Aquella mañana, Irma, una dependienta cansada y preocupada, estaba sola a cargo de la tienda de prendas usadas, en la que Hugh entró siguiendo con desgana a su padre. Sus dos compañeros de trabajo, un matrimonio, acababan de ser hospitalizados tras un incendio en su pisito; el jefe estaba ausente, en viaje de negocios, y entraba en la tienda más gente de la que solía acudir en jueves. En aquellos momentos la muchacha atendía a tres señoras de edad (parte del pasaje de un autocar procedente de Londres), ayudándolas a decidir qué deseaban, y al mismo tiempo indicaba a otra persona, una rubia alemana vestida de negro, la dirección de un sitio para hacerse fotos de pasaporte. Cada una de las ancianas se aplicaba contra el busto, por turno, el mismo vestido floreado, y el doctor Person tradujo afanosamente su acento *cockney* a mal francés. La muchacha enlutada volvió a entrar en busca de un paquete que había olvidado. Se extendieron más vestidos y hubo miradas furtivas a más etiquetas. Entró otro cliente con dos niñas. Entretanto, el doctor Person pidió unos pantalones. Le dieron varios para que se los probara en un cubículo adyacente, y Hugh salió de la tienda.

Caminó sin rumbo, manteniéndose al abrigo de varias proyecciones arquitectónicas, pues en vano el periódico de aquella lluviosa población seguía clamando para que se construyeran arcadas en el distrito comercial. Hugh examinó los artículos de una tienda de recuerdos. Le pareció bastante atractiva la figura verde de una esquiadora, hecha con un material que no podía identificar a través del vidrio del escaparate (era «alabastrillo», aragonito de imitación, tallado y coloreado en la cárcel de Grumbel por un interno homosexual, el vigoroso Armand Rave, que había estrangulado a la hermana incestuosa de su amigo). ¿Y aquel peine en un estuche de piel auténtica? ¿Valía la pena? No, en seguida se llenaría de pelos y costaría una hora

extraer la suciedad de entre sus apretadas púas utilizando una de las cuchillas más pequeñas del cortaplumas que estaba más allá, erizado en insolente exhibición de sus diversos elementos cortantes. Había un bonito reloj de pulsera, con la imagen de un perrito en la esfera, por sólo veintidós francos. ¿O debería comprar (para su compañero de cuarto en la universidad) aquel plato de madera con una cruz blanca central rodeada por los escudos de los veintidós cantones? Hugh también tenía veintidós años y siempre le habían inquietado las coincidencias simbólicas.

El repicar de una campana y una luz roja intermitente en el paso a nivel anunció un acontecimiento inminente: bajó la lenta barrera, inexorable.

La cortina marrón sólo estaba corrida a medias, revelando las piernas elegantes, enfundadas en transparentes medias negras, de una mujer sentada en el interior. ¡Tenemos una prisa tremenda por captar de nuevo aquel momento! La cortina de una caseta en la acera con una especie de taburete de piano, para los bajitos o los altos, y una máquina tragaperras que le permitía a uno hacerse su foto instantánea para pasaporte o por diversión. Hugh miró las piernas y luego el rótulo de la caseta. La terminación masculina y la ausencia de un acento agudo estropeaba el juego de palabras inintencionado:

Mientras él, virgen todavía, imaginaba estas actividades atrevidas, se produjo un doble acontecimiento: pasó un tren a toda velocidad con un ruido ensordecedor y brilló la luz de magnesio dentro de la caseta. La rubia de negro, lejos de haber sido electrocutada, salió cerrando su bolso. Cualquiera que fuese el funeral que había deseado conmemorar con la imagen de belleza rubia enlutada para la ocasión, no tuvo nada que ver con un tercer acontecimiento simultáneo que ocurrió en el local contiguo.

Debería seguirla, sería una buena lección... seguirla en vez de ir a pasmarse ante una cascada: una buena lección para el viejo. Soltando un juramento y un suspiro, Hugh desanduvo sus pasos, lo cual fue en otra época una elegante metáfora, y regresó a la tienda. Más tarde Irma dijo a sus vecinos que había creído estar segura de que el caballero se había marchado con su hijo, porque al principio no había entendido lo que el último decía, a pesar de su francés fluido. Cuando lo hizo, se rió de su estupidez, condujo rápidamente a Hugh al probador y, riendo todavía de buena gana, descorrió la cortina verde, no marrón, lo que en retrospectiva se convirtió en un gesto dramático. La desorganización y la dislocación espacial tienen siempre su lado chistoso, y pocas cosas hay más graciosas que tres pares de pantalones enmarañados, caídos en el suelo, en una danza inmóvil: unos pantalones marrones nuevos, unos tejanos azules y unos viejos pantalones de franela gris. El torpe Person padre estaba intentando introducir un pie calzado a través del zigzag de la estrecha pernera de un

pantalón cuando sintió que una rojez rugiente le llenaba la cabeza. Murió antes de caer al suelo, como si se hubiera despeñado desde una gran altura, y estaba tendido boca arriba, con un brazo extendido, el paraguas y el sombrero fuera de alcance en el alto espejo.

**H**ENRY Emery Person, nuestro Person padre, podría ser descrito como un hombrecillo bienintencionado y formal, o como un detestable trapacero, según el ángulo de visión y la posición del observador. Hay mucha angustia en la oscuridad del remordimiento, en el calabozo de lo irreparable. Un escolar, aunque sea tan fuerte como el estrangulador de Boston —enseña las manos, Hugh—, no puede enfrentarse a todos sus compañeros cuando no dejan de hacer observaciones crueles sobre su padre. Después de dos o tres desmañadas peleas con los muchachos más detestables, adoptó una actitud más inteligente y mezquina de semiaquiescencia taciturna que le horrorizaba al recordar aquellos tiempos; pero aquel mismo horror, por una curiosa peculiaridad de la conciencia, le consolaba al demostrarle que no era del todo un monstruo. Ahora tenía que tomar una decisión en cuanto a una serie de asperezas recordadas de las que había sido culpable hasta aquel mismo día. Tenía que deshacerse de ellas como se había librado de la dentadura postiza y las gafas que le habían entregado las autoridades en una bolsa de papel. El único pariente con el que pudo ponerse en contacto, un tío que vivía en Scranton, le aconsejó desde el otro lado del océano que hiciese incinerar el cadáver en vez de enviarlo a casa. En realidad, el procedimiento menos recomendado resultó ser el más fácil en muchos aspectos, sobre todo porque le permitió a Hugh desembarazarse del desagradable objeto prácticamente en seguida.

Todo el mundo fue muy servicial. Uno quisiera en particular expresar su gratitud a Harold Hall, el cónsul norteamericano en Suiza, que colaboró para que se prestara a nuestro amigo toda la asistencia posible.

De las dos emociones que experimentó Hugh, una fue general y la otra específica. Llegó primero la sensación general de liberación, como una gran brisa, arrobada y limpia, que aventó mucha de la podredumbre de su vida. En cuanto a la específica, le encantó descubrir tres mil dólares en la ajada pero abultada cartera de su padre. Como muchos jóvenes de talento todavía en ciernes que ven en un fajo de billetes todo el grosor tangible de los placeres inmediatos, carecía de sentido práctico, de ambición para hacer más dinero, y no le inquietaban sus futuros medios de subsistencia (esta inquietud resultó negligible cuando se supo que el metálico no era más que la décima



parte de la herencia verdadera). Aquel mismo día se mudó a un alojamiento mucho más refinado en Ginebra, cenó *homard à l'américaine* y fue en busca de su primera prostituta a un callejón detrás del hotel.

Por razones ópticas y animales, el amor sexual es menos transparente que muchas otras cosas de complicación considerablemente mayor. Sin embargo, uno sabe que en su ciudad natal Hugh había hecho la corte a una madre de treinta y ocho años y a su hija de dieciséis, pero había sido impotente con la primera y no lo bastante audaz con la segunda. Tenemos aquí un trivial caso de prolongada comezón erótica, de práctica solitaria para su satisfacción habitual y de sueños memorables. La muchacha a la que abordó era bajita y gorda, pero tenía un rostro encantador, pálido y vulgar, con ojos italianos. La llevó a una de las mejores habitaciones de una vieja y espantosa pensión, de hecho al «número» preciso donde noventa y uno, noventa y dos, casi noventa y tres años atrás un novelista ruso había pernoctado durante su viaje a Italia.

Hicieron la cama —una distinta, con pomos de latón—, la deshicieron, la cubrieron con una levita, la hicieron de nuevo; sobre ella había un saco de viaje, de cuadros verdes, a medio abrir, y la levita pasó a cubrir los hombros del viajero con camisa de dormir, el cuello descubierto, desgredado, al que atisbamos en el acto de decidir qué objetos sacar de la valija (la cual enviará por delante en la diligencia del correo) y transferir a la mochila (que él mismo llevará al otro lado de las montañas, a la frontera italiana). Espera a que su amigo Kandidatov, el pintor, se reúna con él de un momento a otro para la salida, una de esas alegres excursiones que los románticos emprenderían incluso bajo un chaparrón en agosto. Hasta llovía más en aquellos incómodos tiempos: sus botas todavía están húmedas por el viaje de más de quince kilómetros al casino más próximo. Están al otro lado de la puerta, como expulsadas, y él se ha envuelto los pies con varias hojas de periódico en lengua alemana, idioma que, por cierto, le resulta más fácil de leer que el francés. Ahora el principal problema estriba en decidir si ha de confiar sus manuscritos a la mochila o al saco de viaje que enviará por correo: son borradores de cartas, un relato corto inacabado escrito en un cuaderno ruso con cubiertas de tela negra, retazos de un ensayo filosófico anotados en una libreta azul adquirida en Ginebra y las hojas sueltas de una novela en estado rudimentario con el título provisional de *Fausto en Moscú*. Mientras se sienta ante la mesa de pino, la misma sobre la que la prostituta de nuestro Person ha dejado su voluminoso bolso, aparece a través de ese bolso, por así decirlo, la primera página del *Fausto* con enérgicas tachaduras y desaliñadas inserciones en tinta púrpura, negra y verde reptil. La visión de la escritura le fascina, el caos de las páginas es orden para él, los borrones son imágenes, las notas marginales, alas. En vez de clasificar sus papeles, desenrosca su tintero portátil y se acerca más a la mesa, pluma en mano. Pero en aquel instante se oyen unos alegres golpes en la puerta, la cual se abre rápidamente y se cierra de nuevo.

Hugh Person siguió a la fortuita muchacha, bajando por la larga y empinada escalera, hasta la esquina favorita de aquélla, donde se separaron por muchos años. Él

había confiado en que le acompañaría hasta la mañana, ahorrándole así una noche en el hotel, con su padre muerto en cada oscuro rincón de su soledad; pero cuando ella le vio inclinado a quedarse malentendió sus planes, le dijo brutalmente que requeriría demasiado tiempo poner de nuevo en forma a un ejecutante tan deficiente y le hizo salir. Sin embargo, no fue un fantasma lo que le impidió conciliar el sueño, sino la mala ventilación. Abrió de par en par los dos batientes de la ventana, que daban a un solar de aparcamiento cuatro pisos más abajo. El menisco de luna creciente era demasiado estrecho para iluminar los tejados de las casas que descendían hacia el lago; la luz de un garaje hacía destacar los escalones de unas desoladas escaleras que conducían a un caos de sombras. Todo era muy deprimente y muy distante, y nuestro acrofóbico Person sintió el tirón de la gravedad invitándole a unirse a la noche y a su padre. De muchacho había caminado en sueños, desnudo, pero el entorno familiar le había protegido, hasta que al fin remitió la extraña enfermedad. Aquella noche, en el piso más alto de un hotel desconocido, carecía de toda protección. Cerró la ventana y se sentó en un sillón hasta el alba.



**E**N las noches de su juventud, cuando Hugh sufría accesos de sonambulismo, salía de su habitación abrazando una almohada y deambulaba por la casa. Recordaba que solía despertar en sitios extraños, en los escalones que conducían al sótano o en un armario del vestíbulo entre chanclos e impermeables, y aunque no le asustaban en exceso aquellas excursiones descalzo, le disgustaba «comportarse como un fantasma» y rogaba que le encerrasen en su dormitorio. Esto tampoco daba resultado, pues salía gateando por la ventana al tejado en pendiente de una galería que llevaba a los dormitorios de la escuela. La primera vez que lo hizo, el frío de las tejas de pizarra contra las plantas de los pies le despertó, y regresó a su oscuro nido evitando sillas y obstáculos más mediante el oído que por otro medio. Un viejo y necio doctor aconsejó a sus padres que cubrieran el suelo contiguo a la cama con toallas mojadas y que colocaran palanganas con agua en lugares estratégicos, con el único resultado de que, tras haber rodeado todos los obstáculos en su sueño mágico, se encontrara temblando al pie de una chimenea con el gato de la escuela por compañía. Después de aquella salida los ataques espectrales se hicieron menos frecuentes y prácticamente cesaron al final de la adolescencia. Como penúltimo eco se produjo el extraño caso de la lucha con una mesita de noche. Ocurrió cuando Hugh iba a la universidad y se alojaba con un compañero de estudios, Jack Moore (sin parentesco), en dos habitaciones del recién construido Snyder Hall. Jack despertó en plena noche, tras una aburrida jornada dedicada a empollar, a causa de un estrépito procedente de la sala-dormitorio, y fue a investigar. En su sueño, Hugh había imaginado que la mesilla de noche, un pequeño mueble de tres patas (tomado en préstamo al teléfono del pasillo), ejecutaba una furiosa danza guerrera por propia iniciativa, tal como él había visto hacer a un objeto semejante en una sesión espiritista cuando preguntó si el espíritu visitante (Napoleón) añoraba las puestas de sol primaverales en Santa Elena. Jack Moore vio que Hugh se levantaba enérgicamente del sofá y, con ambos brazos, abrazaba y estrujaba el inofensivo objeto en un ridículo intento de detener su inexistente movimiento. Las sacudidas habían desprendido libros, un cenicero, un despertador y una caja de pastillas para la tos, y la madera atormentada emitía chasquidos y crujidos bajo la presa del idiota. Jack Moore los separó. Hugh, en

silencio, se dio la vuelta y siguió durmiendo.

**D**URANTE los años que transcurrieron entre la primera y la segunda visita de Hugh Person a Suiza, se ganó la vida con los diversos y tediosos expedientes propios de los jóvenes que carecen de cualquier don especial o de ambición y se acostumbran a aplicar sólo una pequeña parte de su ingenio a tareas rutinarias o de charlatán. Lo que hacen con la otra porción, mucho mayor, cómo y dónde se albergan sus fantasías y sentimientos reales, no es exactamente un misterio —ahora no hay misterios—, pero requeriría explicaciones y revelaciones de tal especie que resultaría demasiado triste y espantoso hacerles frente. Sólo los expertos, y para otros expertos como ellos, deberían sondear la desdicha de una mente.

Podía multiplicar ocho dígitos en su cabeza, capacidad que perdió en el curso de unas noches tristes y menguadoras durante su hospitalización a causa de una infección vírica a los veinticinco años. Había publicado un poema en una revista universitaria, un texto largo y prolijo que empezaba con bastante buen agüero:

*Benditos los puntos suspensivos... El sol  
ponía un ejemplo celestial en el lago...*

Era el autor de una carta al *Times* de Londres que fue reproducida años más tarde en una antología, *Al director: Señor*, uno de cuyos pasajes decía:

Anacreonte murió a los ochenta y cinco años, ahogado por el «esqueleto del vino» (como dijo otro jonio), y una gitana predijo al jugador de ajedrez Aliojin que le mataría en España un toro muerto.

Tras graduarse en la universidad, y durante siete años, fue secretario y socio anónimo de un notorio farsante, el difunto Atman, simbolista, y fue totalmente responsable de notas a pie de página como ésta:

El cromlech (asociado con mleko, milch, milk [leche]) es evidentemente un símbolo de la Gran Madre, del mismo modo que el menhir («mein Herr» [señor mío]) es obviamente masculino.

Trabajó durante otro período en el ramo de artículos de escritorio, y una estilográfica que él había promocionado llevaba su nombre: la pluma Person. Pero

éste seguía siendo su mayor logro.

A los veintinueve años, cuando era un joven huraño, ingresó en una gran editorial, donde ocupó diversos cargos: ayudante de investigación, informador, redactor adjunto, revisor de manuscritos, corrector de pruebas y adulador de nuestros autores. En calidad de adusto esclavo lo pusieron a disposición de la señora Flankard, una mujer exuberante y pretenciosa con ojos de pulpo, cuya enorme novela *El ciervo* había sido aceptada para su publicación a condición de que fuese drásticamente revisada, implacablemente reducida y reescrita en parte. Los fragmentos reescritos, consistentes en algunas páginas aquí y allá, debían tender un puente sobre las grandes y negras lagunas del material generosamente suprimido entre los capítulos conservados. Esta tarea corrió a cargo de una de las colegas de Hugh, una bonita muchacha peinada con cola de caballo que ya había abandonado la editorial. Como novelista tenía aun menos talento que la señora Flankard, así que Hugh estaba abrumado por la tarea de curar no sólo las heridas que había infligido, sino también las verrugas que había dejado intactas. Tomó el té varias veces con la señora Flankard en su encantadora casa de un barrio residencial, decorada casi exclusivamente con los óleos de su marido, primavera temprana en el salón, verano en el comedor, toda la gloria de Nueva Inglaterra en la biblioteca e invierno en el dormitorio. Hugh no se detuvo mucho en esta última estancia, pues tenía la extraña sensación de que la señora Flankard planeaba que la violaran bajo los copos de nieve malva del señor Flankard. Como muchas artistas demasiado maduras y todavía guapas, parecía desconocer por entero el hecho de que un gran busto, un cuello con arrugas y el olor de femineidad rancia sobre una base de agua de colonia repelen a un macho excitado. Hugh emitió un gruñido de alivio cuando por fin se publicó «nuestro» libro.

Gracias al éxito comercial de *El ciervo*, le asignaron una tarea más interesante. El «señor R.», como le llamaban en la oficina (tenía un largo nombre alemán, en dos entregas, con una partícula nobiliaria entre castillo y peñasco), escribía el inglés mucho mejor que lo hablaba. Al contacto con el papel, el idioma adquiría una belleza formal, una riqueza y un brío ostensibles, lo cual hacía que algunos de los críticos menos exigentes de su país de adopción lo calificaran de maestro estilista.

El señor R. era un corresponsal quisquilloso, desagradable y grosero. Los tratos de Hugh con él a través del océano —el señor R. vivía habitualmente en Suiza o Francia— carecían del brillo cordial de su penosa experiencia con la Flankard; pero el señor R., aunque quizá no era un maestro de primerísima fila, al menos era un verdadero artista que luchaba en su propio terreno y con sus propias armas por el derecho a utilizar una puntuación heterodoxa correspondiente a un pensamiento singular. Una edición de bolsillo de una de sus primeras obras fue preparada sin esfuerzo para su producción por nuestro servicial Person, pero luego empezó una larga espera de la nueva novela que R. había prometido entregar antes de que finalizara aquella primavera. Pasó la primavera sin ningún resultado y Hugh voló a Suiza para mantener una entrevista personal con el perezoso autor. Aquél fue el

segundo de sus cuatro viajes a Europa.

**T**RABÓ conocimiento con Armande en un vagón de ferrocarril suizo, una tarde deslumbrante, entre Thur y Versex, la víspera de su encuentro con el señor R. Por error, él había tomado un tren lento; ella había elegido uno que se detenía en la pequeña estación de la que partía la línea de autobús hacia Witt, donde su madre poseía un chalet. Armande y Hugh se habían instalado simultáneamente en dos asientos junto a la ventanilla, uno frente al otro, en el lado del vagón que daba al lago. Una familia norteamericana ocupaba los cuatro asientos correspondientes al otro lado del pasillo. Hugh desplegó el *Journal de Genève*.

Era bonita, sí, y lo habría sido de un modo exquisito de haber tenido los labios más llenos. Sus ojos eran oscuros; el cabello, rubio; la piel, color de miel. Unos hoyuelos gemelos en forma de media luna bajaban por sus bronceadas mejillas a ambos lados de la melancólica boca. Llevaba un traje negro y una blusa con volantes. Un libro yacía en su regazo bajo las manos enfundadas en guantes negros. Él creyó reconocer aquella edición en rústica con la portada dorada y negra. El mecanismo de su primera relación fue idealmente trivial.

Intercambiaron una mirada de educada desaprobación cuando los tres niños norteamericanos empezaron a sacar suéteres y pantalones de una maleta en frenética búsqueda de algo que se habían dejado estúpidamente atrás (un montón de tebeos, de los que ya se había ocupado, junto con las toallas usadas, una activa doncella de hotel). Uno de los dos adultos, al ver la fría mirada de Armande, respondió con una expresión afable de impotencia. Pasó el revisor pidiendo los billetes.

Hugh inclinó un poco la cabeza, satisfecho consigo mismo por haber acertado. En efecto, se trataba de la edición en rústica de *Siluetas en una ventana dorada*.

—Uno de los nuestros —dijo Hugh, haciendo un gesto indicativo.

Ella miró el libro en su regazo como si buscara en él alguna explicación a estas palabras. Llevaba una falda muy corta.

—Quiero decir que trabajo para el editor de ese libro, la editorial norteamericana que publicó la edición en tela. ¿Le gusta?

La muchacha respondió, en un inglés fluido pero artificial, que detestaba las novelas surrealistas de corte poético. Prefería obras de realismo duro que reflejaran



nuestra época. Le gustaban los libros sobre violencia y sabiduría oriental. ¿Mejoraba aquella novela más adelante?

—Bueno, hay una escena bastante dramática en un chalet de la Riviera, cuando la pequeña, la hija del narrador...

—June.

—Sí, June prende fuego a su casa de muñecas y arde todo el chalet. Pero me temo que no hay mucha violencia; todo es bastante simbólico, muy solemne y, bueno, curiosamente tierno a la vez, como se dice en la cubierta, o al menos se decía en la de nuestra primera edición. Esa portada la diseñó el famoso Paul Plam.

Ella lo terminaría, naturalmente, por muy aburrido que fuera, porque era preciso concluir todas las tareas que se emprenden en la vida, como debían completar, por ejemplo, la carretera más arriba de Witt, donde tenían una casa, un chalet de lujo, pero había que ir andando hasta el teleférico de Drakonita mientras no estuviera terminada la nueva carretera. *La ventana ardiente*, o comoquiera que se titulara, era un regalo que le había hecho el día anterior, el de su vigesimotercer aniversario, la hijastra del autor, a quien probablemente...

—Julia.

Sí. Julia y ella habían dado clases durante el invierno en una escuela para señoritas extranjeras en el Tesino. El padrastro de Julia acababa de divorciarse de su madre, a la que había tratado de una manera abominable. ¿Qué habían enseñado? Oh, expresión corporal, rítmica, cosas así.

Hugh y la nueva e irresistible persona habían pasado a hablar en francés, idioma que él dominaba por lo menos tan bien como ella el inglés. Cuando ella le pidió que adivinara su nacionalidad, él aventuró danesa u holandesa. No, la familia de su padre procedía de Bélgica. El padre era arquitecto y murió el verano pasado mientras supervisaba la demolición de un famoso hotel en un balneario difunto, y su madre nació en Rusia, en un ambiente de alcurnia pero, naturalmente, arruinado del todo por la Revolución. ¿Le gustaba a él su trabajo? ¿Le importaría bajar un poco aquella cortina? El sol bajo es fúnebre. ¿Era eso un proverbio?, quiso saber ella. No, acababa de inventárselo.

Aquella noche, en Versex, Hugh escribió en un diario que llevaba esporádicamente:

«He hablado con una chica en el tren. Adorables piernas desnudas y morenas, y sandalias doradas. Un alocado deseo de escolar y un tumulto romántico nunca experimentado hasta ahora. Armande Chamar. *La particule aurait juré avec la dernière syllabe de mon prénom*. Creo que Byron utiliza “chamar” con el significado de “abanico de plumas de pavo real”, en un contexto oriental muy noble. Sofisticación encantadora, pero maravillosamente ingenua. Chalet más arriba de Witt construido por padre. Si uno se encuentra a sí mismo en esos *parages*... Deseaba saber si me gusta mi trabajo. ¡Mi trabajo! Le repliqué: “Pregúnteme lo que *puedo hacer*, no lo que *hago*, bella muchacha, hermosa estela del sol a través de un tejido

negro semitransparente. Puedo aprender de memoria toda una página del listín telefónico en tres minutos, pero soy incapaz de recordar mi propio número de teléfono. Puedo componer trozos de poesía tan extraños y nuevos como usted, o como cualquier cosa que una persona pueda escribir de aquí a trescientos años, pero nunca he publicado un solo verso, excepto algunas tonterías juveniles en la universidad. En las pistas de juego de la escuela de mi padre he adquirido una habilidad devastadora para devolver el servicio —un *drive* cortado y bajo—, pero me quedo sin aliento después de una partida. Utilizando tinta y acuarela puedo pintar un lago de insuperable transparencia con todas las montañas del paraíso reflejadas en él, pero soy incapaz de dibujar una barca o un puente o la silueta de una persona presa de pánico en las ventanas de una casa, como lo hace Plam. He enseñado francés en escuelas americanas, pero no he podido librarme del acento canadiense de mi madre, aunque lo percibo claramente cuando susurro palabras francesas. *Ouvre ta robe, Déjanire*, para que pueda subir *sur mon bûcher*. Puedo levitar a dos centímetros de altura y mantenerme así durante diez segundos, pero no puedo trepar a un manzano. Poseo un título de doctor en filosofía, pero no hablo alemán. Me he enamorado de usted, pero no haré nada al respecto. En una palabra, soy un genio versátil”. Por una coincidencia digna de aquel otro genio, su hijastra le había dado el libro que estaba leyendo. Sin duda Julia Moore se olvidó de que la poseí un par de años atrás. Madre e hija son grandes viajeras. Han visitado Cuba, China y lugares semejantes, deprimentes y primitivos, y hablan de las numerosas personas encantadoras con las que trabaron amistad en ellos, criticándolas cariñosamente. *Parlez-moi de son padrastro. ¿Es très fasciste?* No podía comprender por qué calificaba yo al izquierdismo de la señora R. de trivial moda burguesa. *Mais au contraire*, ¡ella y su hija adoran a los radicales! Bueno, le dije, el señor R., *lui*, es inmune a la política. Mi encantadora joven pensó que tenía una relación conflictiva con él. Un cuello acaramelado con una crucecita de oro y un *grain de beauté*. ¡Es bella, atlética, letal!».



**H**IZO algo al respecto, a pesar de toda aquella indulgente crítica de sí mismo. Le escribió una nota desde el venerable palacio de Versex, donde al cabo de unos minutos asistiría a un cóctel con nuestro autor más valioso, cuyo libro no le gustaba a usted. ¿Me permitirá que la visite, digamos el miércoles, día cuatro? Porque por entonces estaré en el hotel Ascot, en su Witt, donde me han dicho que se dan excelentes condiciones para esquiar, incluso en verano. Por otra parte, el principal objeto de mi estancia *aquí* es averiguar cuándo terminará el viejo pícaro su libro. Es curioso recordar con qué intensidad había ansiado hasta anteayer ver por fin al gran hombre en carne y hueso.

La aparición del escritor fue incluso más espectacular de lo que Person había esperado en virtud de las fotografías recientes del personaje. Mientras atisbaba a través de las ventanas del vestíbulo y lo veía bajar de su coche, no hubo triunfales clarines ni gritos de admiración que reverberasen a través de su sistema nervioso, que ahora estaba totalmente ocupado en los muslos de la muchacha en el tren inundado de sol. Sin embargo, R. presentaba una magnífica estampa: por un lado, su apuesto chófer ayudaba al obeso viejo; por el otro, lo sostenía su secretario barbinegro, y dos *chasseurs* del hotel hacían ademanes indicadores de su disposición a prestar ayuda en las escaleras del porche. El reportero en Person(a) observó que el señor R. llevaba unos zapatos aterciopelados de color cacao, camisa limón con un pañuelo de cuello lila y un arrugado traje gris que parecía carecer de toda distinción, al menos para un norteamericano corriente. ¡Hola, Person! Se sentaron en el salón cerca del bar.

La cualidad ilusoria de todo el acontecimiento fue realizada por la aparición y las palabras de los dos personajes. Aquel hombre monumental, con su constitución arcillosa y falsa sonrisa, y el señor Tamworth, con barba de bandolero, parecían actuar según un guión rígidamente escrito y dirigido a un público invisible del que Person, un hombre de paja, se apartaba como si le moviera con su silla la casera oculta de Sherlock, al margen de dónde se sentara o hacia dónde mirase en el curso de la entrevista breve pero achispada por el alcohol. Desde luego, todo fue hipocresía y figuras de cera comparado con la realidad de Armande, cuya imagen estaba grabada en el ojo de su mente y brillaba a través de aquel espectáculo en diversos niveles,

unas veces al revés, otras en el margen engañoso de su campo de visión, pero siempre presente, verdadera y emocionante. Los lugares comunes que habían intercambiado llameaban de autenticidad cuando se mostraban sobre el fondo de las forzadas carcajadas en el ambiente afectado, artificial, del bar.

—La verdad es que tiene usted muy buen aspecto —le dijo Hugh con efusiva mendacidad, después de que encargaran las bebidas.

El barón R. tenía unas facciones ásperas, cutis cetrino, nariz abultada y con grandes poros, cejas hirsutas y belicosas, mirada infalible y boca de bulldog llena de dientes en mal estado. La vena de maliciosa inventiva tan patente en sus escritos también aparecía en las partes preparadas de su conversación, como cuando decía, como en aquel momento, que lejos de «tener buen aspecto» se sentía cada vez más parecido al actor cinematográfico Reubenson, que en otro tiempo interpretaba papeles de viejo gángster en películas rodadas en Florida. Pero tal actor no existía.

—En fin... ¿cómo está usted? —preguntó Hugh, exprimiendo su desventaja.

—Resumiendo mucho las cuentas —replicó el señor R. (quien no sólo tenía la exasperante costumbre de usar fórmulas trilladas en su inglés lleno de aspiraciones coloquiales y fuertemente acentuado, sino también la de usarlas mal)—, no me he encontrado nada bien durante el invierno, ¿sabe? El hígado, ¿sabe?, la tenía tomada conmigo.

Tomó un largo trago de *whisky* y, enjuagándose la boca con el líquido de un modo que Person no había visto hacer a nadie hasta entonces, dejó lentamente el vaso sobre la mesa. Entonces, à *deux* con el licor que tenía en la boca, lo tragó y pasó a su segundo estilo de inglés, el solemne de sus personajes más memorables.

—El Insomnio y su hermana Nocturia me acosan, claro, pero por lo demás estoy tan sano como una hoja de sellos. Creo que no conoce al señor Tamworth. Person, pronunciado Parson, y Tamworth, como la raza inglesa de cerdos con manchas negras.

—No —dijo Hugh—, no viene de Parson, sino más bien de Peterson.

—Vale, hijo. ¿Qué tal está Phil?

Hablaron brevemente del vigor, el encanto y la perspicacia del editor de R.

—Pero quiere que le escriba unos libros inadecuados. Quiere... —adoptó un afectado tono gangoso mientras pronunciaba los títulos de las novelas de un competidor, también publicados por Phil—, quiere *Un muchacho para el placer*, pero se conformaría con *La zorra esbelta*, y todo lo que yo puedo ofrecerle no es *Tralala*, sino el primero y más aburrido tomo de *Tralaticiones*.

—Estoy seguro de que espera el manuscrito con la mayor impaciencia. A propósito...

—¡A propósito, claro! Debería existir algún término retórico para esa alteración ilógica. Un paisaje único a través del tejido negro se deslizaba a propósito. A propósito, me volveré loco si no la consigo.

—... a propósito, ayer conocí a una persona que acababa de ver a su hijastra...

—Exhijastra —corrigió el señor R.—. Hace mucho tiempo que no la veo, y espero seguir así. Otro de lo mismo, hijo —esto último al camarero.

—Fue una ocasión bastante notable. Se trataba de una joven que leía...

—Dispense —dijo el secretario vivamente, y doblando una nota que acababa de garabatear se la pasó a Hugh.

«Al señor R. le molesta toda mención de la señorita Moore y su madre».

Y yo no lo culpo. Pero ¿dónde estaba el famoso tacto de Hugh? El aturdido joven conocía muy bien la situación, pues se la había explicado Phil, no Julia, una muchacha impura pero reticente.

Esta parte de nuestra translucidez es muy aburrida, pero debemos completar el informe.

Un día, con ayuda de un detective privado, el señor R. descubrió que su esposa Marion mantenía relaciones íntimas con Christian Pines, hijo del conocido cineasta que había dirigido la película *Ventanas doradas* (precariamente basada en la mejor novela de nuestro autor). El señor R. se alegró de la situación, puesto que cortejaba asiduamente a Julia Moore, su hijastra de dieciocho años, y así podía hacer planes para el futuro, muy dignos de un lascivo sentimental al que tres o cuatro matrimonios aún no habían saciado. Pero muy pronto supo, por conducto del mismo sabueso, que actualmente agoniza en un cálido y sucio hospital de Formosa, una isla, que el joven Pines, un apuesto *playboy* con cara de francés que también moriría pronto, era el amante de la madre y de la hija, a las que había servido en Cavaliere, California, durante dos veranos. De ahí que la separación fuese más dolorosa y total de lo que R. había esperado. En medio de todo esto, nuestro Person, a su manera discreta y empequeñecida (aunque medía un centímetro más que el gran R.), había mordisqueado también el ángulo del poblado lienzo.



**A** Julia le gustaban los hombres altos de manos fuertes y ojos tristes. La vio por primera vez en una fiesta celebrada en una casa de Nueva York. Un par de días después tropezó con ella en casa de Phil, y la muchacha le preguntó si le gustaría ir a ver *Astutos ardides*, un éxito de «avant garde». Ella tenía dos localidades y pensaba ir con su madre, pero ésta debía irse a Washington para resolver unos asuntos legales (relacionados con los trámites del divorcio, como Hugh supuso correctamente): ¿le importaría acompañarla? En cuestiones de arte, «avant garde» significa poco más que someterse a alguna atrevida moda filistea, así que, cuando se levantó el telón, a Hugh no le sorprendió que le regalaran con la visión de un ermitaño desnudo sentado en un inodoro agrietado, en medio de un escenario vacío. Julia soltó una risita, preparándose para una agradable velada. Hugh se sintió impulsado a tomar en su manaza la manita casi infantil que había tocado su rodilla por accidente. Era deliciosamente atractiva desde el punto de vista sexual, con su rostro de muñeca, sus ojos rasgados, sus lóbulos adornados con topacios, su esbelta figura vestida con una blusa naranja y falda negra, sus largas piernas y su cabello exóticamente liso y brillante cortado a escuadra sobre la frente. No menos agradable era la coyuntura de que en su retiro suizo el señor R., quien se había jactado ante un entrevistador de estar dotado de un poder telepático bastante considerable, estaba destinado a experimentar una punzada de celos en aquel mismo instante.

Habían circulado rumores de que la obra podría ser prohibida tras la noche del estreno. Un grupo de jóvenes y pendencieros manifestantes, que protestaban contra esa posibilidad, lograron interrumpir la representación que en realidad apoyaban. Arrojaron algunos petardos que llenaron la sala de un humo acre, se inició un rápido incendio entre los rollos de papel higiénico rosa y verde, y el teatro fue evacuado. Julia anunció que se moría de frustración y sed. Un famoso bar situado junto al teatro estaba tan lleno que no se podía entrar, y «en el resplandor de una edénica simplificación de las costumbres» (como escribió R. en otro contexto) nuestro Person llevó a la chica a su piso. Imprudentemente se preguntó —después de que un beso demasiado apasionado en el taxi le hubiera hecho soltar unas chispas de impaciencia— si no decepcionaría las expectativas de Julia, la cual, según Phil, había sido

seducida a los trece años por R., en el principio mismo del desastroso matrimonio con su madre.

La empresa de Hugh le había encontrado el piso de soltero que tenía alquilado en la calle Sesenta y Cinco Este. Ahora bien, ocurrió que aquellas habitaciones eran las mismas en las que Julia había visitado a uno de sus mejores machos jóvenes un par de años atrás. Ella tuvo el buen gusto de no decir nada, pero la imagen de aquel joven, cuya muerte en una guerra remota la había afectado sobremanera, seguía saliendo del baño o manoseando las cosas del refrigerador y obstaculizando de tal manera el asuntillo inmediato, que se negó a dejar que su compañero le bajara la cremallera y la llevara a la cama. Naturalmente, tras un intervalo apropiado, la pequeña cedió y pronto ayudó al corpulento Hugh a hacer el amor, en lo que él era más bien torpe. Sin embargo, apenas los lentos movimientos y los jadeos terminaron su curso acostumbrado y Hugh, con una exhibición bastante desesperada de desenvoltura, fue en busca de más bebidas, la imagen del bronceado y culiblanco Jimmy Major reemplazó de nuevo a la descarnada realidad. Ella observó que el espejo del armario, tal como se veía desde la cama, reflejaba exactamente la misma naturaleza muerta, naranjas en un cuenco de madera, que en los días triunfales y breves de Jim, voraz consumidor del fruto centenario. Casi lo lamentó cuando al mirar a su alrededor localizó el origen de la visión en los pliegues de sus brillantes ropas dobladas sobre el respaldo de una silla.

La muchacha canceló su siguiente cita en el último momento y poco después se fue a Europa. En la mente de Person la aventura apenas dejó una mancha de tenue rojo de labios en un pañuelo de papel, y la sensación romántica de haber tenido entre sus brazos a la amante de un gran escritor. No obstante, el tiempo actúa sobre esas relaciones efímeras, y un nuevo aroma se añade al recuerdo.

Ahora vemos un desgarrado ejemplar de *La Stampa* y una botella de vino vacía. Se estaban realizando muchas construcciones.

**S**E estaban realizando muchas construcciones alrededor de Witt, cubriendo de cicatrices y de barro la totalidad de la colina sobre la que le dijeron que encontraría Villa Nastia. Habían más o menos arreglado su entorno inmediato, formando un oasis de quietud en medio de la ruidosa mezcolanza de arcilla y grúas. Incluso fulguraba una *boutique* entre las tiendas que formaban un semicírculo alrededor del joven fresno recién plantado, bajo el que habían dejado ya algo de basura, como una botella vacía de un obrero y un periódico italiano. La capacidad de orientación de Person no le sirvió esta vez, pero una mujer que vendía manzanas en un puesto vecino le orientó de nuevo. Un perrazo blanco demasiado afectuoso empezó a retozar desagradablemente tras él, hasta que la mujer lo llamó.

Hugh subió por un empinado camino asfaltado que tenía un muro blanco a un lado, por encima del cual asomaban abetos y alerces. Una puerta enrejada en aquella pared daba acceso a un campamento o una escuela. Los gritos de los niños al jugar llegaban desde el otro lado del muro, sobre el que pasó un volante que aterrizó a sus pies. Él hizo caso omiso, pues no era la clase de hombre que recoge cosas para desconocidos, un guante, una moneda rodante.

Un poco más allá, un espacio en la pared de piedra revelaba un corto tramo de escalera y la puerta de una casa encalada con el cartel «Villa Nastia» en letra cursiva. Como sucede a menudo en las obras de R., «nadie respondió al timbre». Hugh reparó en otros escalones a un lado del porche, que descendían (¡después de aquella estúpida subida!) a la acre humedad del boj. Aquellos escalones le condujeron, alrededor de la casa, hasta el jardín. Había una pequeña piscina cubierta con tablas, aún sin terminar, al lado de una extensión de césped en cuyo centro, tendida en una tumbona, tomaba el sol una mujer robusta, de edad mediana, los aceitados miembros de un penoso color rosado. Un ejemplar, sin duda el mismo, de la edición en rústica de *Figuras*, etc., con una carta doblada (la cual consideramos más prudente que nuestro Person no reconozca) a modo de punto, yacía sobre el bañador de una pieza en el que estaba embutido el volumen principal de la mujer.

*Madame* Charles Chamar, *née* Anastasia Petrovna Potapov (un nombre perfectamente respetable que su difunto marido pronunciaba, con malicia,



«Patapuf»), era hija de un rico tratante de ganado que había emigrado con su familia a Inglaterra desde Riazán, vía Jarbin y Ceilán, poco después de la revolución bolchevique. Hacía mucho tiempo que se había acostumbrado a entretener a los jóvenes que la caprichosa Armande dejaba plantados. Pero el nuevo admirador de la muchacha vestía como un vendedor y había algo en él (¡tu genio, Person!) que confundía e incomodaba a la señora Chamar. Le gustaba que la gente encajara. El muchacho suizo con quien Armande esquiaba en aquel momento en las nieves perpetuas, muy por encima de Witt, encajaba. Igual que los mellizos Blake. Igual que el hijo del viejo guía, aquel Jacques de cabellos dorados campeón de carreras de trineos. Pero mi larguirucho y melancólico Hugh Person, con su espantosa corbata, vulgarmente sujeta a la camisa blanca barata, y un insoportable traje marrón, no pertenecía al mundo que ella aceptaba. Cuando supo que Armande estaba divirtiéndose en otra parte y que quizá no regresaría para tomar el té, él no se molestó en ocultar su sorpresa y desagrado, y permaneció en pie, rascándose la mejilla. El interior de su sombrero tirolés estaba húmedo de sudor. ¿Había recibido Armande su carta?

*Madame* Chamar respondió evasivamente con una negativa, pues, aunque podría haber consultado el revelador papel que servía de punto al libro, su instintiva prudencia maternal la retuvo. Guardó el libro en la bolsa que estaba sobre el césped; automáticamente, Hugh mencionó que había visitado hacía poco a su autor.

—Creo que vive en algún lugar de Suiza, ¿verdad?

—Sí, en Diablonnet, cerca de Versex.

—Diablonnet siempre me recuerda la palabra rusa que significa «manzanos»: *yabloni*. ¿Es bonita su casa?

—Verá, nos vimos en Versex, en un hotel, no en su casa. Pero me han dicho que es muy grande y anticuada. Hablamos de negocios. Desde luego, la casa siempre está llena de sus bastante... bueno, frívolos huéspedes. Esperaré un rato, y luego me iré.

Se negó a quitarse la chaqueta y acomodarse en otra tumbona de jardín, al lado de *Madame* Chamar. Le explicó que el exceso de sol hacía que la cabeza le diera vueltas.

—*Alors allons dans la maison* —dijo ella, traduciendo fielmente del ruso.

Al ver los esfuerzos que hacía para levantarse, Hugh le ofreció su ayuda, pero *Madame* Chamar le ordenó ásperamente que se mantuviera alejado de la tumbona para que su proximidad no fuese una «obstrucción psicológica». Su pesada corpulencia sólo podía desplazarse por medio de un ligero y preciso meneo rápido, y a fin de hacerlo tenía que concentrarse en la idea de tratar de engañar a la gravedad hasta que sonara un «clic» interno y tuviera lugar la sacudida apropiada, como el milagro de un estornudo. Entretanto, permaneció inmóvil en la tumbona, emboscada, por así decirlo, con el copioso sudor brillando en su pecho y sobre los arcos purpúreos de sus cejas pintadas.

Hugh dijo:

—Esto es completamente innecesario. Esperaré gustosamente aquí, a la sombra

de un árbol, pero necesito la sombra. Nunca hubiera creído que pudiera hacer tanto calor en las montañas.

De repente, el cuerpo todo de *Madame* Chamar dio tal sacudida que el armazón de la tumbona emitió un quejido casi humano. Un instante después estaba sentada con los pies apoyados en el suelo.

—Todo va bien —anunció alegremente, y se levantó, enfundada en una brillante bata de tela de toalla con la rapidez de una metamorfosis mágica—. Venga, quiero ofrecerle una buena bebida fría y mostrarle mis álbumes.

La bebida resultó ser un alto vaso de cristal tallado de agua del grifo tibia con una cucharada de mermelada casera de fresa, que le daba un tinte malva. Los álbumes, cuatro grandes volúmenes, ocuparon una mesita muy baja y redonda en la muy *moderne* sala de estar.

—Ahora le dejaré unos minutos a solas —dijo *Madame* Chamar.

Y a la vista del público ascendió con pesada energía las escaleras completamente visibles y audibles que conducían a un segundo piso no menos patente, donde uno podía ver una cama a través de una puerta abierta y un bidet a través de otra. Armande solía decir que aquel producto del arte de su difunto padre era una obra sobresaliente que atraía turistas de países tan distantes como Rhodesia y Japón.

Los álbumes eran tan sinceros como la casa, aunque menos deprimentes. El dedicado a Armande, el único que interesó a nuestro *voyeur malgré lui*, se iniciaba con una fotografía del difunto Potapov, en su séptima década, muy apuesto con su perilla gris y su chaqueta de estar por casa, haciendo un diminuto y miope signo de la cruz ruso sobre un bebé invisible en su honda cuna. Las instantáneas seguían a Armande no sólo a través de todas las fases del pasado y las mejoras de la fotografía de aficionado, sino que la niña aparecía también en diversos estados de inocente desnudez. Sus padres y tías, que habían tomado sin descanso las bonitas imágenes, estaban convencidos de que una niña de diez años, el sueño de un lutwidgeano, tenía el mismo derecho a la desnudez que una criatura. El visitante apiló los álbumes para ocultar la llama de su interés a cualquiera que pudiera verle desde arriba, desde el descansillo de la escalera, y volvió varias veces a las fotografías de Armande en el baño, apretando un proboscídeo de goma contra su brillante vientre, o de pie, mostrando los hoyuelos del trasero, para que la enjabonaran. Otra revelación de suavidad impúber (la línea central apenas discernible de la hoja de hierba menos vertical junto a ella) la proporcionaba una foto en la que aparecía sentada en cueros sobre la hierba, peinándose el cabello bañado por el sol y separando, en una falsa perspectiva, las encantadoras piernas de una gigante.

Oyó el ruido del agua en el lavabo del piso superior y, con un estremecimiento de culpabilidad, cerró el grueso libro. Su corazón retráctil se replegó malhumorado, sus latidos se apaciguaron; pero nadie bajó de aquellas alturas infernales, y él regresó, apresuradamente, a sus tontas fotografías.

Hacia el final del segundo álbum las fotografías estallaban en colores para

celebrar la muda adolescente de la muchacha, con su colorida indumentaria. Aparecía con vestidos floreados, pantalones de fantasía, *shorts* de tenis, trajes de baño, entre los verdes y azules más chillones del espectro comercial. Hugh descubrió el elegante ángulo de sus hombros tostados por el sol, la larga línea de la cadera. Se enteró de que a los dieciocho años la cascada de su cabello claro le llegaba a la región lumbar. Ninguna agencia matrimonial podría haber ofrecido a sus clientes tantas variaciones sobre el tema de una virgen. En el tercer álbum encontró, con una agradable sensación de regreso al hogar, atisbos de su entorno inmediato: los cojines amarillo limón y negro del diván en el otro extremo de la sala y la caja con una mariposa disecada sobre la repisa de la chimenea. El cuarto álbum, incompleto, empezaba con un centelleo de sus imágenes más castas: Armande con una parka rosa, Armande con joyas brillantes, Armande deslizándose sobre esquís por el polvo de azúcar.

Al final, desde la parte superior de la zona transparente, *Madame* Chamar bajó con cautela, la jalea de un antebrazo desnudo temblequeando al aferrarse a la barandilla de la escalera. Ahora vestía un complicado vestido de verano con volantes, como si también ella, al igual que su hija, hubiera pasado por varias etapas de cambio.

—No se levante, no se levante —gritó, azotando el aire con una mano.

Pero Hugh insistió en que debía marcharse.

—Dígale —añadió—, diga a su hija cuando vuelva de su glaciario, que estoy sumamente decepcionado. Dígale que me quedaré aquí una, dos, tres semanas, en el lóbrego hotel Ascot del miserable pueblo de Witt. Dígale que la telefonearé si ella no lo hace. Dígale —continuó, mientras caminaba por un resbaladizo camino entre grúas y excavadoras bajo la luz dorada de la tarde madura—, dígale que ha envenenado mi organismo, ella y sus veinte hermanas, sus veinte imágenes en escala descendente, y que pereceré si no puedo tenerla.

Aún era bastante ingenuo, como lo son los amantes. Uno podría haber dicho a la gorda y vulgar *Madame* Chamar: «¿Cómo se atreve a exhibir su pequeña a los desconocidos sensibles?». Pero nuestro Person imaginó vagamente que aquel era un caso de inmodestia moderna, corriente en la clase a la que pertenecía *Madame* Chamar. ¿Qué «clase», Dios de los cielos? La madre de la señora había sido hija de un veterinario rural, lo mismo que la madre de Hugh (por la única coincidencia digna de señalar en todo este triste asunto). ¡Llévese esas fotos, estúpida nudista!

Ella le telefoneó hacia medianoche, despertándole de un profundo sueño evanescente pero definitivamente malo (consecuencia de todo aquel queso fundido con patatas nuevas y aquella botella de vino verde consumidos en el *carnotzet* del hotel). Mientras cogía el teléfono, palpaba con la otra mano en busca de sus gafas de lectura, sin las cuales, por algún capricho de los sentidos concomitantes, no podía atender al teléfono como es debido.

—¿Yu Person? —preguntó la voz.

Él ya sabía, desde el momento en que ella había leído la tarjeta que le había dado

en el tren, que pronunciaba su nombre de pila como *Yu*.

—Sí, soy yo, es decir, «*yu*», y su forma de pronunciar mal Hugh es encantadorísima.

—Yo no pronuncio nada mal. Mire, nunca he recibido...

—¡Oh, sí que lo hace! Deja caer las haches como... como perlas en la taza de un ciego.

—Lo correcto sería decir «gorra»<sup>[1]</sup>. Así que gano yo. Ahora escuche: mañana estoy ocupada, pero ¿qué le parece el viernes, si puede usted estar disponible à *sept heures précises*?

Él podía, desde luego.

Ella invitó entonces a «Percy», como anunció que le llamaría en lo sucesivo, ya que detestaba el nombre de Hugh, a que la acompañara para disfrutar de unos días de esquí veraniego en Drakonita, o Calor Oscurecido<sup>[2]</sup>, que fue lo que él entendió, lo cual le hizo evocar un denso bosque que protegería a los paseantes románticos del fuego azul de un mediodía alpino. Él dijo que no había podido aprender a esquiar durante sus vacaciones en Sugarwood, Vermont, pero que le encantaría pasear junto a ella, por un camino no sólo proporcionado por la fantasía, sino barrido con una escoba de muñeco de nieve, una de esas visiones instantáneas no verificadas que pueden engañar al hombre más inteligente.

**A**HORA hemos de centrarnos en la calle principal de Witt tal como estaba el jueves, al día siguiente de la llamada telefónica de Armande. Bulle de gentes y procesos transparentes, en los cuales y a través de los cuales podríamos sumergirnos con placer de ángel o de autor, mas para este informe hemos de seleccionar a una sola persona, nuestro Person. No era un gran excursionista, y se limitó a un aburrido recorrido por el pueblo. Una siniestra corriente de coches avanzaba sin cesar, algunos buscando con la pesada cautela de la maquinaria reacia un lugar donde aparcar, otros procedentes de o dirigiéndose al mucho más elegante pueblo de Thur, treinta kilómetros al norte. Pasó varias veces por el lado de la vieja fuente, rodeada de geranios, cuyo delgado chorro de agua fluía a través de un tronco ahuecado. Examinó la oficina de correos y el banco, la iglesia y la agencia de turismo, así como una famosa cabaña negra a la que aún se le permitía sobrevivir, con su huerto de coles y el espantapájaros crucificado entre una pensión y una lavandería.

Tomó cerveza en dos tabernas diferentes. Se detuvo ante una tienda de artículos deportivos, se entretuvo un rato más... y compró un bonito suéter gris de cuello cisne con una diminuta bandera norteamericana, muy mona, bordada sobre el corazón. *Made in Turkey*, susurraba la etiqueta.

Decidió que era hora de tomar algún otro refresco... y entonces la vio sentada en la terraza de un café. Hugh giró bruscamente y fue hacia ella, creyendo que estaba sola; entonces observó, demasiado tarde, un segundo bolso de mano sobre la silla opuesta. Simultáneamente la compañera de Armande salió del establecimiento y, tomando asiento, dijo con su encantador acento neoyorquino, que tenía un deje de ramera que él habría reconocido incluso en el cielo:

—El retrete es una broma.

Entretanto, Hugh Person, incapaz de quitarse la máscara de la sonrisa afable, se había acercado, y le invitaron a sentarse con ellas.

Una clienta adyacente, que se parecía cómicamente a la difunta tía de Person, Melissa, quien nos gusta mucho, leía *l'Erald Tribune*. Armande creía que Julia Moore ya conocía (en el sentido corriente de la palabra) a Percy. Julia creía que sí. Y Hugh también, desde luego. ¿Le permitiría la doble de su tía que tomara prestada su silla

libre? Recibió la oportuna autorización. La mujer era una bella persona, con cinco gatos, que vivía en una casa de juguete, al final de una avenida de abedules, en la parte más tranquila de...

Interrumpiéndonos con un ruido atronador, una impasible camarera, una pobre mujer por derecho propio, dejó caer una bandeja con limonadas y pasteles y se agachó, dividiéndose en una multitud de pequeños gestos peculiares, el rostro hierático.

Armande informó a Percy que Julia había viajado desde Ginebra para consultarle sobre la traducción de una serie de frases con las que ella, Julia, que marchaba al día siguiente hacia Moscú, deseaba «impresionar» a sus amigos rusos. Percy, aquí presente, trabajaba para su padrastro.

—Mi expadrastro, a Dios gracias —dijo Julia—. A propósito, Percy, si es que ese es tu *nom de voyage*, tal vez puedas ayudarme. Como ella ha dicho, quiero deslumbrar a algunas personas de Moscú que me han prometido la compañía de un joven poeta ruso. Armande me ha proporcionado una serie de preciosas palabras, pero nos hemos atascado en... (sacando una hoja de papel de su bolso)... Quiero saber cómo decir: «Qué iglesita tan deliciosa, qué gran ventisquero». Mira, primero lo hemos hecho en francés, y ella cree que «ventisquero» es *rafale de neige*, pero estoy segura de que no puede ser *rafale* en francés y *rafalovich* en ruso, o comoquiera que llamen a una tormenta de nieve.

—La palabra que buscas es *congère* —dijo nuestro Person—, género femenino. La aprendí de mi madre.

—Entonces es *sugrob* en ruso —terció Armande, y añadió secamente—: Sólo que no habrá mucha nieve allí en agosto.

Julia se echó a reír. Parecía feliz y sana, y estaba aun más bonita que dos años atrás. ¿La veré ahora en sueños con esas nuevas cejas, ese nuevo cabello largo? ¿Cuánto tardan los sueños en ponerse a la par de las nuevas modas? ¿Aparecería aún en su próximo sueño, con el peinado de muñeca japonesa?

—Déjame que pida algo para ti —le dijo Armande a Percy, aunque sin hacer el gesto de ofrecimiento que suele acompañar a esta frase.

Percy pensó que le gustaría una taza de chocolate caliente. ¡La espantosa fascinación de encontrarse con un antiguo amor en público! Armande no tenía nada que temer, naturalmente. Ella pertenecía a una clase por completo distinta, más allá de la competencia. Hugh recordó la famosa novela corta de R. *Tres Tiempos*.

—Había algo más que no aclaramos bien, Armande, ¿o sí?

—Pasamos dos horas en eso —comentó Armande con tono de queja, sin darse cuenta, tal vez, de que no tenía nada que temer. La fascinación era de un orden enteramente distinto, puramente intelectual, o artístico, como señala muy bien *Tres Tiempos*: un hombre de mundo, vestido con un esmoquin azul marino, está cenando en una terraza inundada de luz con tres bellezas que llevan la espalda desnuda, Alice, Beata y Claire, las cuales nunca se han visto antes. A. es un antiguo amor, B. es su

actual querida y C. su futura esposa.

Ahora lamentaba no haber pedido café, como Armande y Julia, porque el chocolate era imbebible. Te servían una taza de leche caliente y también te daban, por separado, un sobrecito de aspecto primoroso. Añadías el polvo pardusco que contenía a la leche implacablemente homogeneizada de la taza, tomabas un sorbo... y te apresurabas a añadir azúcar, pero por más que echaras no podías mejorar aquel sabor insípido, triste, deshonesto.

Armande, que había seguido las diversas fases del asombro y la incredulidad de Hugh, sonrió y dijo:

—Ahora ya sabes en qué se ha convertido el «chocolate caliente» en Suiza. Mi madre —continuó, volviéndose a Julia (la cual, con el revelador *sans gêne* del Tiempo Pasado, aunque en realidad se enorgulleciera de su reticencia, había aproximado su cucharilla a la taza de Hugh y recogido una muestra)—, mi madre se echó a llorar la primera vez que le sirvieron eso, porque recordaba con mucha ternura el chocolate de su achocolatada infancia.

—Bastante malo —convino Julia, lamiéndose sus pálidos y gordezuelos labios—, pero sigo prefiriéndolo a nuestra pasta de chocolate americana.

—Eso es porque eres la criatura más antipatriótica del mundo —replicó Armande.

El encanto del Tiempo Pasado radicaba en su secreto. Conocía a Julia y estaba seguro de que no habría hablado de su relación a una amiga circunstancial... un sorbo entre docenas de tragos. Así, en aquel preciso y frágil instante, Julia y él (*alias* Alicia y el narrador) formaron un pacto del pasado, un pacto impalpable dirigido contra la realidad representada por la voluble esquina de la calle, con los automóviles que pasaban cortando el aire, los árboles y los transeúntes desconocidos. El segundo elemento del trío era el atrafagado Witt, mientras que el principal desconocido —y esto le producía otra emoción— era su amante de mañana, Armande, y ésta era tan poco consciente del futuro (que el autor, naturalmente, conocía con todo detalle) como lo era del pasado que Hugh saboreaba de nuevo con su leche espolvoreada de polvo marrón. Hugh, que era un bobalicón sentimental y, en cierto modo, una persona no demasiado buena (las buenas están por encima de eso, y él no era más que una persona bastante amable), lamentaba que ninguna música acompañara la escena, que ningún violinista rumano se inclinara hacia sus corazones entrelazados por un monograma. Ni siquiera el tocadiscos del café emitía «Fascinación» (un vals). Con todo, había una especie de ritmo de fondo formado por las voces de los transeúntes, el tintineo de la loza, el rumor del viento de la montaña en la masa venerable del castaño de la esquina.

En aquel momento se dispusieron a marcharse. Armande le recordó la excursión del día siguiente. Julia le estrechó la mano y le rogó que rezara por ella cuando le dijera a aquel poeta tan apasionado, tan eminente, *je t'aime* en ruso, lo cual sonaba en inglés (haciendo gárgaras con la frase) como «yellow blue tibia». Se separaron. Las dos muchachas subieron al elegante cochecillo de Julia. Hugh Person emprendió el

regreso a su hotel, pero se detuvo en seco con una maldición y volvió sobre sus pasos para recoger su paquete.



**V**IERNES por la mañana. Una Coca-Cola tomada rápidamente, un eructo, un afeitado apresurado. Se puso las ropas ordinarias, añadiendo el suéter de cuello cisne para darse un toque de distinción. Última consulta con el espejo. Se arrancó un pelo negro de una roja fosa nasal.

La primera decepción del día le aguardaba al filo de las siete, en el lugar de su cita (la plaza de Correos), donde encontró a Armande escoltada por tres jóvenes atletas, Jack, Jake y Jacques, cuyos rostros cobrizos él había visto sonrientes a su alrededor en una de las últimas fotografías del cuarto álbum. Tras reparar en la adusta manera en que seguía moviéndose su nuez de Adán, ella le sugirió alegremente que, después de todo, quizá no querría acompañarles «porque queremos llegarnos al único teleférico que funciona en verano y es una ascensión excesiva si uno no está acostumbrado». Jacques, un joven de dientes muy blancos que medio abrazaba a la vivaz doncella, observó en tono confidencial que *monsieur* debería ponerse unos zapatos más resistentes, pero Hugh replicó que en Estados Unidos, cuando uno va de excursión, se pone un par cualquiera de zapatos viejos, o incluso zapatillas.

—Confiábamos en que podríamos convencerte de que aprendas a esquiar —dijo Armande—. Tenemos todo el equipo allá arriba, nos lo guarda el tipo que está a cargo de la pista, y él está seguro de que te encontrará algo. Aprenderás a girar con un ritmo perfecto en cinco lecciones. ¿No quieres, Percy? Creo que también necesitarás una parka; a seiscientos metros de altura el clima puede ser veraniego, pero a tres mil encontrarás condiciones polares.

—La pequeña tiene razón —dijo Jacques con fingida admiración, dándole unas palmaditas en el hombro.

—Es un paseo de cuarenta minutos —dijo uno de los gemelos—. Te pone en forma para las cuestas.

Pronto resultó evidente que Hugh no podría caminar con la rapidez de los demás y alcanzar el listón de los mil doscientos metros para coger la barquilla al norte de Witt. El prometido «paseo» resultó ser una horrible excursión, peor que todo lo que había experimentado en sus excursiones escolares en Vermont o New Hampshire. El camino consistía en subidas muy empinadas y bajadas muy resbaladizas, y de nuevo

gigantescas cuestras por la ladera de la siguiente montaña, y estaba lleno de viejos surcos, pedruscos y raíces. Dolorido y acalorado, Hugh avanzaba tras el moño rubio de Armande, mientras ella seguía al ligero Jacques. Los gemelos ingleses formaban la retaguardia. Tal vez, si el ritmo hubiera sido un poco más despacioso, Hugh podría haber superado aquella sencilla ascensión, pero sus crueles e insensatos compañeros avanzaban sin piedad, prácticamente saltando por los trechos empinados y deslizándose entusiasmados por los declives, que Hugh salvaba con los brazos extendidos, en actitud de súplica. Rechazó el bastón que le ofrecieron, pero finalmente, tras veinte minutos de tormento, suplicó que le permitieran recobrarse. Le desalentó que fueran Jack y Jake, y no Armande, quienes permanecieran con él mientras se sentaba en una piedra, la cabeza gacha, jadeante, con una perla de sudor colgando de la nariz puntiaguda. Los gemelos eran seres taciturnos y, un poco más arriba del sendero, de pie y con los brazos en jarras, se limitaban a intercambiar silenciosas miradas. Hugh notó el declive de su simpatía hacia él y les rogó que prosiguieran su camino, que no tardaría en seguirles. Cuando se marcharon, aguardó un poco más y luego regresó cojeando al pueblo. En un claro entre dos extensiones de bosque descansó de nuevo, esta vez sentado en un banco, ciego pero servicial, sobre una escarpadura desde donde se veía un paisaje admirable. Mientras permanecía allí, fumando, observó que su grupo estaba ya muy arriba, unas figuritas de azul, gris, rosa y rojo que le saludaban agitando las manos desde un peñasco. Él les devolvió el saludo y reanudó su deprimente retirada.

Pero Hugh Person no quiso renunciar. Bien calzado, provisto de un bastón puntiagudo y mascando chicle, volvió a acompañarles a la mañana siguiente. Les pidió que le dejaran establecer su propio ritmo, sin esperarle en ninguna parte, y habría llegado al teleférico si no se hubiera perdido y terminado en un zarzal al extremo de un camino que atravesaba una explotación forestal. Otro intento, uno o dos días después, tuvo más éxito. Hugh casi llegó al límite de la vegetación arbórea, pero allí cambió el tiempo, le envolvió una niebla húmeda y pasó un par de horas temblando, solitario, en un hediondo establo abierto, esperando que las nieblas arremolinadas se levantasen y dejaran de cubrir el sol.

En otra ocasión se brindó a seguir a Armande cargando con unos esquís nuevos que la muchacha acababa de comprar, unos objetos de extraño aspecto y color verde reptil, fabricados en metal y fibra de vidrio, cuyas complicadas ligaduras parecían primas hermanas de los dispositivos ortopédicos ideados para ayudar a caminar a los inválidos. Recibió permiso para cargar al hombro aquellos preciosos esquís, que al principio parecían milagrosamente ligeros, pero que pronto se harían tan pesados como losas de malaquita, bajo las cuales avanzó tambaleándose en pos de Armande como un payaso que ayuda a cambiar decorados en la pista de un circo. Le arrebataron su carga en cuanto se sentó a descansar y le ofrecieron a cambio una bolsa de papel (cuatro naranjas pequeñas), pero él la rechazó sin mirarla.

Nuestro Person era obstinado y estaba monstruosamente enamorado. Un elemento

de cuento de hadas parecía teñir con su agua de rosas gótica todos los intentos de escalar las almenas del dragón de Armande. Lo consiguió la semana siguiente y, a partir de entonces, quedó oficialmente sancionado como menos latoso.



**M**IENTRAS permanecía sentado tomando ron en la soleada terraza del Café du Glacier bajo la Cabaña de Drakonita y contemplaba bastante satisfecho, con el estímulo del licor y del aire de la montaña, la zona de esquí (¡qué magnífica visión después de tanta agua y espesa hierba!); mientras miraba la superficie vidriosa de las pistas superiores, las azuladas quebraduras más abajo, las figuritas multicolores silueteadas por el pincel del azar contra el blanco brillante, como si se debieran a la mano de un maestro flamenco, Hugh se dijo que aquellas imágenes podrían formar un diseño admirable para la cubierta de *Christies y otras jovencitas*, la autobiografía de un gran esquiador (profundamente revisada y enriquecida por una serie de manos en la editorial) cuyo manuscrito mecanografiado había corregido hacía poco, preguntándose, como recordó en aquel momento, el significado de términos como «godilles» y «wedeln» (¿zíngaro?). Era divertido mirar por encima del borde del vaso a la coloreada gente menuda que se deslizaba sobre la nieve, perdiendo ora un esquí, ora un palo, o cambiando triunfalmente de dirección entre una nube de polvo plateado. Hugh Person, en su tercer trago, esta vez licor de cerezas, se preguntó si podría obligarse a seguir el consejo de la muchacha («¡un yanqui tan gentil, grande, rústico y de aspecto tan deportivo, y no sabe esquiar!») e identificarse con alguno de los muchachos que se deslizaban velozmente en línea recta, elegantemente agachados, con un estilo perfecto, o bien verse condenado a repetir para siempre la pausa tras la caída de un voluminoso principiante tendido boca arriba en irremediable y divertido reposo.

Nunca pudo distinguir, con sus ojos deslumbrados y acuosos, la silueta de Armande entre los esquiadores. Una vez, no obstante, tuvo la certeza de verla, flotando y destellando, enfundada en un anorak rojo, la cabeza descubierta, atormentadoramente grácil, allí, allí, y ahora más allá, saltando por encima de una protuberancia, acercándose más y más, haciendo un salto mortal... y transformándose de repente en una desconocida con gafas protectoras.

Entonces apareció Armande por otro lado de la terraza, vestida de brillante nilón verde, los esquís al hombro, pero con las formidables botas todavía calzadas. Hugh había pasado suficiente tiempo estudiando las prendas de esquí en las tiendas suizas

como para saber que el cuero de las botas había sido sustituido por plástico y los cordones por grapas rígidas.

—Pareces la primera muchacha en la Luna —le dijo, indicando sus botas, y de no haber sido porque eran de una horma especialmente ajustada, ella habría meneado los dedos en su interior, como hace toda mujer cuando alguien se refiere a sus zapatos en términos halagadores (dedos sonrientes que adoptan la cualidad de boca).

—Escucha —dijo ella mientras miraba sus Mondstein Sexy (su marca)—: dejaré aquí mis esquís, me pondré calzado de caminar y regresaré a Witt contigo à *deux*. Me he peleado con Jacques y se ha ido con mis queridos amigos. Todo ha terminado, gracias a Dios.

Una vez en la cabina del teleférico, cara a cara, ella le dio una versión relativamente cortés de lo que iba a decirle un poco más tarde con un detallismo repugnantemente vivido. Jacques había solicitado su presencia en una de las sesiones onanistas que celebraba con los gemelos Blake en su chalet. Ya en una ocasión había obligado a Jack a mostrarle su instrumento, pero ella golpeó el suelo con el pie y les obligó a comportarse. Ahora Jacques le había presentado un ultimátum: o les acompañaba en sus juegos repulsivos, o dejaría de ser su amante. Ella estaba dispuesta a ser ultramoderna, social y sexualmente, pero aquello era ofensivo y vulgar, y tan viejo como Grecia.

La cabina podría haber seguido deslizándose eternamente en una neblina azulada suficiente para decorar el paraíso, si un robusto empleado no la hubiera detenido antes de que diera la vuelta y ascendiera de nuevo en ese viaje sin fin. Bajaron. Armande, con un formal «dispensa», se ausentó un momento. En el exterior había vacas pastando entre dientes de león, y se oía la música de una radio de la *buvette* adyacente.

Con un tímido estremecimiento de amor joven, Hugh se preguntó si se arriesgaría a besarla durante su paseo por el serpenteante camino. Lo intentaría en cuanto llegaran a la zona de rododendros, donde podrían detenerse, ella para quitarse su parka y él para extraer una piedrecilla del zapato derecho. Los rododendros y los enebros cedieron el paso a los alisos, y la voz de la familiar desesperación empezó a instar a Hugh para que dejara la piedrecilla y el beso para otra ocasión. Habían entrado en el bosque de coníferas cuando ella se detuvo, miró a su alrededor y dijo (con tanta desenvoltura como si sugiriese que recogieran setas o frambuesas):

—Y ahora una va a hacer el amor. Conozco un bonito lugar musgoso detrás de esos árboles donde no nos molestarán, si lo haces rápidamente.

Unas pieles de naranja señalaban el lugar. Él quería abrazarla en los preliminares que requería su alterada carne (lo de «rápidamente» era un error), pero ella se retiró, escabulléndose como un pez, y se sentó sobre los arándanos para quitarse zapatos y pantalones. La consternación de Hugh se intensificó cuando vio el grueso tejido de cordoncillo de las medias de malla negra bajo los pantalones de esquí. Armande consintió en bajárselas lo estrictamente necesario. Tampoco le permitió que la besara,

o que le acariciara los muslos.

—Bueno, mala suerte —dijo ella al fin, pero mientras se contorsionaba con él, tratando de subirse las medias, Hugh recuperó de golpe el poder para hacer todo lo que se esperaba de él.

—Ahora una se irá a casa —observó Armande en su habitual tono neutro, en cuanto él terminó, y prosiguieron en silencio su rápido avance cuesta abajo.

En el siguiente recodo del camino apareció a sus pies la primera huerta de Witt, y más allá se veía el brillo de un arroyo, un almacén de madera, campos segados y pardas casas de campo.

—Detesto Witt —dijo Hugh—, detesto la vida, me detesto a mí mismo. Detesto aquel abominable y viejo banco.

Ella se detuvo para mirar hacia el lugar donde apuntaba con fiereza el dedo de Hugh, y éste la abrazó. Al principio ella trató de esquivar sus labios, pero él insistió desesperadamente. De súbito cedió y se produjo el pequeño milagro. Un estremecimiento de ternura recorrió sus rasgos, como una brisa traza un reflejo. Tenía las pestañas húmedas y le temblaban los hombros entre los brazos de Hugh. Aquel momento de dulce paroxismo nunca se repetiría, o más bien nunca gozaría del tiempo necesario para volver tras haber completado el ciclo innato de su ritmo; no obstante, aquella breve vibración en la que ella se disolvió con el sol, los cerezos, el paisaje olvidado, estableció el tono de la nueva existencia de Hugh, con su sensación de que todo iba bien, a pesar de los peores estados de ánimo, los caprichos más tontos y las más duras exigencias de Armande. Aquel beso, y no lo que le había precedido, fue el verdadero comienzo de su noviazgo.

Ella se desasíó sin decir palabra. Una larga hilera de chiquillos seguidos por un jefe de exploradores ascendía hacia ellos por el empinado camino. Uno se subió a una cercana roca redondeada y saltó, con un alegre chillido.

—*Grüs Gott* —dijo su maestro al pasar por el lado de Armande y Hugh.

—¡Qué tal! —respondió Hugh.

—Creerá que estás loco —observó ella.

A través de un hayedo y tras cruzar un río, llegaron a las afueras de Witt. Un breve atajo por una pendiente embarrada entre chalets a medio construir les llevó a Villa Nastia. Anastasia Petrovna estaba en la cocina, poniendo flores en unos jarrones.

—Ven, mamá —gritó Armande—. *Zheniha privela*, he traído a mi novio.



**W**ITT tenía una nueva pista de tenis. Un día, Armande desafió a Hugh a una partida.

Desde su infancia, con sus temores nocturnos, el sueño había sido el problema habitual de nuestro Person. Era un problema doble. Se veía obligado, a veces durante horas, a cortejar al negro autómatas con una repetición automática de alguna imagen activa. Ésa era una de las molestias. La otra se refería al estado casi demencial en que le sumía el sueño una vez lo conciliaba. No podía creer que la gente decente tuviera la clase de pesadillas obscenas y absurdas que agitaban sus noches y continuaban estremeciéndole durante el día. Ni los relatos ocasionales de malos sueños que le referían a veces sus amigos ni los casos expuestos en los libros de Freud sobre los sueños, con sus graciosas elucidaciones, presentaban nada comparable a la complicada abyección de su experiencia nocturna casi cotidiana.

En su adolescencia, trató de resolver la primera parte de este problema mediante un ingenioso método que funcionaba mejor que las píldoras (las cuales, si eran demasiado suaves inducían muy poco sueño, y si eran fuertes reforzaban la vivacidad de las monstruosas visiones). El método que encontró consistía en repetir mentalmente con precisión metronómica los golpes sucesivos de un juego al aire libre. El único juego al que se había dedicado en su juventud y que aún podía practicar a los cuarenta años era el tenis. No sólo lo jugaba de un modo tolerable, sino incluso con cierto estilo (que aprendió años atrás de un arrojado primo que entrenaba a los chicos en la escuela de Nueva Inglaterra de la que su padre había sido director), e incluso había inventado un tiro que ni Guy, ni el cuñado de éste, un profesional todavía mejor, podían realizar ni devolver. Aquella innovación tenía un elemento de arte por el arte, dado que no servía para las pelotas bajas o difíciles, requería una posición idealmente equilibrada (que no resultaba fácil de adoptar con prisas) y, por sí solo, nunca le hizo ganar una partida. El Golpe Person se ejecutaba con el brazo rígido y mezclaba un vigoroso *drive* con un *cut* adherente que mantenía el contacto de la pelota con la raqueta desde el momento del impacto hasta el final del golpe. El impacto (y ésta era la parte más bonita) tenía que producirse en el extremo de la red de la raqueta. El jugador debía estar bien apartado del rebote de la pelota y como

estirándose para recibirla. El rebote tenía que ser bastante alto para que la cabeza de la raqueta se adhiriese adecuadamente, sin una sombra de «desvío», y entonces se impulsaba la pelota «pegada» en una trayectoria rígida. Si la «adherencia» no duraba lo suficiente o si se iniciaba en un punto demasiado próximo, en el centro de la raqueta, el resultado era un «globo» muy ordinario, flojo, que trazaba una curva lenta, naturalmente muy fácil de devolver; pero cuando se controlaba con precisión, el golpe reverberaba con un áspero crujido a través del antebrazo y la pelota pasaba muy deprisa, en un vuelo rasante muy controlado, hasta un punto cercano a la línea de base. Al dar en el suelo se pegaba a éste de una manera que parecía similar a la adherencia de la pelota a la raqueta en el momento del golpe. Al mismo tiempo que mantenía su velocidad, la pelota apenas se levantaba del suelo. De hecho, Person creía que, con una práctica tremenda que requería una dedicación constante, sería posible lograr que la pelota no rebotara en absoluto, sino que rodara a la velocidad del rayo por la superficie de la pista. Nadie podría devolver una pelota que no rebotara, y sin duda en el próximo futuro tales golpes serían prohibidos como aguafiestas ilegales. Pero incluso en la versión preliminar de su inventor podía ser deliciosamente satisfactorio. La devolución se hacía siempre del modo más chapucero y ridículo, porque la pelota, que pasaba velozmente y muy baja, no permitía que la recogieran, y no digamos que la golpearan, como es debido. Guy y el otro tipo quedaban intrigados y molestos cada vez que Hugh lograba poner en acción su «*drive* adherente», lo cual, por suerte para él, no sucedía con frecuencia. Él se resarcía no revelando a los perplejos profesionales que trataban de imitar el golpe (y que no conseguían más que un ligero efecto), que el truco no estaba en el corte sino en la adherencia, y no sólo en la propia adherencia sino en el lugar donde ésta se producía, en la cabeza de las cuerdas, tanto como en la rigidez del movimiento de extensión del brazo. Hugh atesoró mentalmente este golpe durante años, mucho después de que disminuyeran sus oportunidades para ponerlo en práctica a uno o dos disparos en algún juego ocasional. (De hecho, la última vez que lo empleó fue aquel día en Witt con Armande, tras lo cual ella se marchó de la pista y él no pudo conseguir que volviera). La principal utilidad del invento era que le servía para dormir. Mediante aquellos ejercicios previos al sueño perfeccionó en gran manera su golpe, y así aumentó la celeridad de la preparación del mismo (cuando ejecutaba un primer servicio), y aprendió a realizar su imagen simétrica mediante un golpe de revés (en vez de correr alrededor de la pelota como un tonto). Tan pronto como encontraba un sitio cómodo para su mejilla en una almohada blanda y fresca, el familiar estremecimiento empezaba a correrle por el brazo e iniciaba la captura del sueño golpeando vigorosamente la pelota en un juego tras otro. Este ejercicio tenía algunos aderezos adicionales, como el de explicar a un reportero somnoliento: «Tienes que dar un buen golpe cortante pero mantenerla intacta»; o ganar, en medio de una niebla de bienestar, la Copa Davis rebosante de adormideras.

¿Por qué abandonó ese remedio específico contra el insomnio cuando se casó con



Armande? ¿No sería porque ella consideraba su golpe predilecto como un insulto y una lata? ¿Era la novedad del lecho compartido y la presencia de otro cerebro humano activo cerca del suyo lo que trastornaba la intimidad de la rutina somnífera y bastante inmadura? Tal vez. En cualquier caso, dejó de intentarlo, se persuadió de que una o dos noches de insomnio a la semana resultaban inocuas en su caso y las otras noches se contentaba con revisar los acontecimientos del día (un autómata por derecho propio), los cuidados y *misères* de la vida cotidiana y, de vez en cuando, la mancha en forma de pavo real que los psiquiatras de las prisiones llaman «practicar el sexo».

¿Había dicho que encima del problema que tenía para dormir experimentaba sueños angustiosos?

¡Sueños angustiosos, en efecto! Podría competir con los mejores lunáticos respecto a la recurrencia de ciertos temas de pesadilla. En algunos casos podía establecer un primer borrador esquemático seguido, en bien espaciada sucesión, por versiones en que cambiaba pequeños detalles, puliendo el argumento, introduciendo alguna nueva situación repulsiva, pero redactando cada vez otra versión de la misma historia, por lo demás inexistente. Escuchemos la parte repulsiva. Un sueño erótico en particular se había hecho recurrente con cretina insistencia durante un período de varios años antes y después de la muerte de Armande. En aquel sueño, que el psiquiatra (un tipo raro, hijo de un soldado desconocido y una gitana) rechazó por «demasiado directo», le ofrecían una bella durmiente sobre una gran fuente adornada con flores y, sobre un cojín, un surtido de instrumentos que diferían en longitud y calibre, y cuyo número y diversidad cambiaban de un sueño a otro. Estaban colocados en hilera, pulcramente alineados: uno, de un metro de largo, era de caucho vulcanizado y tenía una cabeza violeta; otro consistía en una gruesa y corta barra bruñida, y otro era un objeto delgado parecido a un espetón, con rodajas de carne cruda y tocino translúcido alternadas, etcétera. Se trata de ejemplos tomados al azar. No tenía mucho sentido seleccionar uno u otro —el coral o el bronce o el caucho terrible— puesto que cualquiera de ellos que tomase cambiaba de forma y tamaño y no encajaba adecuadamente en su propia anatomía, rompiéndose en el punto de combustión o partiéndose en dos entre las piernas o los huesos de la mujer más o menos descoyuntada. Hugh deseaba recalcar lo siguiente con el mayor y más respetuoso énfasis antifreudiano. Aquellos tormentos oníricos no tenían nada que ver, directamente o en un sentido «simbólico», con nada que él hubiera experimentado en su vida consciente. El tema erótico era sólo uno más entre otros, como *Un muchacho para el placer* no era más que un capricho extrínseco en relación con las demás obras del serio, demasiado serio, escritor a quien habían satirizado en una reciente novela.

En otra experiencia nocturna, no menos nefasta, se veía tratando de detener o desviar un chorro de grava fina que surgía de una grieta en la textura del espacio, y su intento era entorpecido de todas las maneras concebibles por una serie de elementos en forma de telarañas, astillas, filamentos, confusos amontonamientos y huecos,

cascotes quebradizos, colosos que se desmoronaban. Finalmente quedaba bloqueado por masas de desperdicios, y *aquello* era la muerte. Menos terribles, pero quizá más peligrosas para la mente de una persona, eran las pesadillas en «avalancha», que llegaban a despertarle cuando su imaginación se convertía en un movimiento de aluviones verbales en los valles de Agitarse y Volverse<sup>[3]</sup>, cuyas rocas grises redondeadas, *Roches étonnées*, se denominan así a causa de su superficie perpleja y sonriente, marcada por oscuros «anteojos» (*écarquillages*). El soñador es un idiota que no carece del todo de astucia animal; el defecto fatal de su mente corresponde al balbuceo producido por los trabalenguas: «tres tristes tigres...».

Le dijeron que era una pena que no hubiera consultado con su analista en cuanto las pesadillas empeoraron. Él replicó que no poseía un analista. Con mucha paciencia el doctor replicó que había utilizado el pronombre no de un modo posesivo, sino doméstico, como se hace por ejemplo, en los anuncios: «Pregúnteselo a su tendero». ¿Habría consultado Armande alguna vez a un analista? Si eso era una alusión a la señora Person y no a un niño o a un gato, entonces la respuesta era negativa. Parece que en su primera juventud se había interesado por el neobudismo y esa clase de cosas, pero sus nuevos amigos de Norteamérica la instaron a que se hiciera analizar, como usted lo llama, y ella dijo que tal vez lo intentara tras completar sus estudios orientales.

Le informaron de que al llamarla por su nombre propio, uno solamente pretendía crear una atmósfera informal. Uno siempre hacía eso. Ayer mismo uno había tranquilizado por completo a otro recluso, diciéndole: «Será mejor que le cuente al tío sus sueños, porque de lo contrario podría quemarse». ¿Sentía Hugh, o más bien el señor Person, «impulsos destructivos» en sus sueños? Eso era algo que no había dejado suficientemente claro. El propio término pudiera no ser suficientemente claro. Un escultor podría sublimar el impulso destructivo atacando un objeto inanimado con el cincel y el martillo. La alta cirugía ofrecía uno de los medios más útiles para dar salida al impulso destructivo: un respetado pero no siempre afortunado cirujano había admitido en privado lo difícil que le resultaba no emprenderla a tajos con todos los órganos a la vista durante una operación. Todo el mundo tenía tensiones secretas acumuladas durante la infancia. Hugh no tenía por qué avergonzarse de ellas. De hecho, el deseo sexual surge en la pubertad como un sustituto del deseo de matar, que uno normalmente satisface en sus sueños; y el insomnio no es sino el temor de llegar a adquirir conciencia en el sueño de los propios deseos de matar y de tener relaciones sexuales. Alrededor del ochenta por ciento de los sueños que tienen los varones adultos son sexuales. Vea las conclusiones de Clarissa Dark, quien investigó sin ninguna ayuda a unos doscientos presidiarios sanos, cuyas condenas, naturalmente, fueron reducidas por el número de noches pasadas en el dormitorio del Centro. Pues bien, ciento setenta y ocho de los hombres presentaron potentes erecciones durante la etapa del sueño llamada HARÉN<sup>[4]</sup>, caracterizada por visiones que causaban un lujurioso movimiento oftálmico, una especie de seducción con la mirada interna. A

propósito, ¿cuándo empezó el señor Person a odiar a la señora Person? Sin respuesta. ¿Tal vez el odio formaba parte de su sentimiento hacia ella desde el primer momento? Sin respuesta. ¿Le compró alguna vez un suéter con cuello cisne? Sin respuesta. ¿Se irritó él cuando ella lo encontró demasiado ajustado a la garganta?

—Vomitare si insiste usted en fastidiarme con toda esa odiosa porquería —dijo Hugh.

**A**HORA hablaremos del amor.

¡Qué poderosas palabras, qué armas se acumulan en las montañas, en lugares adecuados, en escondrijos especiales del corazón granítico, detrás de las superficies de acero a las que se ha dado la apariencia veteada de las rocas adyacentes! Pero cuando se sintió impulsado a expresar su amor, en los días del breve noviazgo y el matrimonio, Hugh Person no sabía adonde dirigirse en busca de palabras que pudieran convencerla, que la conmovieran, que hicieran asomar lágrimas brillantes a sus ojos duros y oscuros. En cambio, algo que él dijera por azar, sin planear el dolor y la poesía, alguna frase trivial, provocaba de repente una respuesta históricamente feliz por parte de aquella mujer de alma seca, esencialmente infeliz. Los intentos conscientes fracasaban. Si, como sucedía a veces, en las horas más grises, sin la más remota intención sexual, él interrumpía su lectura para entrar en el cuarto y avanzar hacia ella apoyándose en rodillas y codos como un extático e indescriptible perezoso no arborícola, aullando su adoración, la fría Armande le decía que se levantara y dejase de hacer el tonto. Las más ardientes invocaciones que se le ocurrieran —mi princesa, corazón mío, ángel mío, animal mío, mi exquisita bestia— sólo lograban exasperarla.

—¿Por qué no puedes hablarme de una manera natural y humana, como un caballero habla a una dama, por qué has de actuar como un payaso, por qué no puedes ser serio, sencillo y creíble?

Pero el amor, decía él, era cualquier cosa menos creíble, la vida real *era* ridícula, los paletos se reían del amor. Trataba de besar el borde de su vestido o morder la raya de la pernera de su pantalón, su empeine, los dedos de su pie furioso; y mientras se arrastraba, su voz escasamente musical musitaba naderías y sublimidades sensibleras, exóticas, a la vez infrecuentes y corrientes; en su propio oído, por así decirlo, la simple expresión de su amor se convertía en una especie de degenerado ritual ornitológico ejecutado sólo por el macho, sin ninguna hembra a la vista, el largo cuello erecto y luego curvado, el pico inclinado, el cuello enderezado de nuevo. Todo ello le hacía sentirse avergonzado de sí mismo, pero no podía detenerse y ella no lo entendía, pues en tales ocasiones él nunca encontraba la palabra adecuada, la hierba

acuática apropiada.

La quiso a pesar de que aquella mujer no se hacía querer. Armande tenía muchos rasgos exasperantes, aunque no necesariamente raros, todos los cuales él aceptaba como pistas absurdas en un rompecabezas inteligente. Llamaba a su madre *skotina*, bruta, a la cara, sin saber, desde luego, que no volvería a verla jamás tras partir con Hugh hacia Nueva York y la muerte. Le gustaba dar fiestas cuidadosamente planeadas, y por mucho tiempo que hubiera transcurrido después de una u otra amena reunión (diez, quince meses, o incluso antes de su casamiento, en casa de su madre en Bruselas o en Witt) cada fiesta y cada conversación permanecían preservadas para siempre en la zumbante frialdad de su mente metódica. Visualizaba retrospectivamente aquellas fiestas como estrellas en el velo ondulante del pasado, y veía a sus invitados como prolongaciones de su propia personalidad: puntos vulnerables que en lo sucesivo tenían que ser tratados con nostálgico respeto. Si, por ejemplo, Julia o June, a pesar de que habían asistido a la fiesta, hacían la observación casual de que nunca habían visto al crítico de arte C. (el difunto primo de Charles Chamar), también asistente a la misma, como estaba registrado en la mente de Armande, ésta podía volverse muy desagradable y denunciar el error arrastrando desdeñosamente las palabras y añadiendo, con unas contorsiones que recordaban la danza del vientre: «En ese caso también debes de haber olvidado los canapés de Père Igor (alguna tienda especial) que tanto te gustaban». Hugh nunca había visto un temperamento tan detestable, un *amour-propre* tan enfermizo, una naturaleza tan centrada en sí misma. Julia, que había esquiado y patinado con ella, la consideraba encantadora; pero la mayoría de las mujeres la criticaban y en sus charlas telefónicas imitaban burlonamente sus mañas más bien patéticas de ataque y réplica. Si alguien empezaba a decir: «Poco antes de que me rompiera la pierna...», ella interrumpía en tono triunfante: «¡Y yo me rompí las dos de niña!». Por alguna razón oculta utilizaba un tono de voz irónico y desagradable cuando se dirigía a su marido en público.

Tenía extraños caprichos. Durante su luna de miel en Stresa, la última noche que pasaron allí (la oficina de Hugh en Nueva York le pedía a voz en grito que regresara) decidió que las últimas noches eran estadísticamente las más peligrosas en los hoteles desprovistos de salidas de incendios, y su hotel, con aquel aspecto tan anticuado, parecía desde luego muy combustible. Por alguna misteriosa razón, los productores de televisión consideran que no hay nada más fotogénico y universalmente fascinante que un buen incendio. Mientras Armande miraba el telediario, el telediario italiano, le molestó, o fingió que le molestaba (le gustaba hacerse la interesante), una de aquellas calamidades de la pantalla local: pequeñas llamas como banderines de slalom, enormes llamaradas como súbitos demonios, chorros de agua en curvas que se cruzaban como otras tantas fuentes rococó y hombres intrépidos vestidos con impermeables brillantes que efectuaban toda clase de embrolladas operaciones en una fantasía de humo y destrucción. Aquella noche en Stresa ella insistió en que ensayaran (él con los calzoncillos que usaba para dormir y ella con su pijama de

Chudo-Yudo) una huida acrobática en la tormentosa oscuridad, descendiendo por la fachada recargada de adornos de su hotel, desde el cuarto piso donde se alojaban hasta el segundo, y de allí al tejado de una galería entre árboles que protestaban agitando sus ramas. En vano razonó Hugh con ella. La animosa muchacha afirmó que, como escaladora avezada, sabía que podía hacerse utilizando los apoyos para los pies que los diversos adornos adosados a la fachada, los generosos salientes y los dispersos balconcillos con balaustrada ofrecían para un cuidadoso descenso. Ordenó a Hugh que la siguiera y la iluminara desde arriba con una linterna. También tenía que mantenerse suficientemente cerca para ayudarla si fuese necesario, sujetándola suspendida e incrementando así su longitud vertical, mientras ella tanteaba el paso siguiente con un pie descalzo.

Pese a la fuerza de sus miembros delanteros, Hugh era un antropoide singularmente inepto, y dio al traste con la hazaña. Se quedó atascado en un reborde exactamente debajo de su balcón. La linterna iluminó erráticamente una pequeña parte de la fachada antes de que se le cayera. Desde su asidero, gritó a Armande, suplicándole que regresara. Más abajo se abrió con brusquedad un postigo. Hugh logró regresar trabajosamente a su balcón, rugiendo todavía el nombre de su amada, aunque por entonces estaba seguro de que había perecido. Pero al fin la localizó en una habitación del tercer piso, donde estaba envuelta en una manta y fumando serenamente, tendida en la cama de un desconocido, el cual, sentado en una silla al lado de la cama, leía una revista.

Sus rarezas sexuales llenaban a Hugh de perplejidad y congoja. Las soportó durante el viaje. Se convirtieron en algo rutinario cuando volvió con una novia difícil a su piso de Nueva York. Armande decretó que harían el amor con regularidad alrededor de la hora del té, en la sala de estar, como en un escenario imaginario, con el acompañamiento de una charla continua e intrascendente, ambos ejecutantes vestidos de la manera más formal, él con su mejor traje de calle y una corbata de lunares, ella con un elegante vestido de cuello cerrado. Como concesión a la naturaleza, podían separar las prendas interiores y hasta bajarlas, pero sólo con la mayor discreción, sin la menor alteración de su elegante parloteo: la impaciencia se consideraba indecente, la exhibición corporal, monstruosa. Un periódico o un libro sobre la mesita de café ocultaban los preparativos que el pobre Hugh debía llevar a cabo, y ¡ay de él si respingaba o se movía con torpeza durante el acto en sí! Pero mucho peor que el desagradable tirón de largas prendas interiores en el caos de su dolorida entrepierna o el rígido contacto con las medias de Armande, que parecían blindadas, era el requisito previo del superficial coloquio acerca de conocidos, o política, o signos zodiacales, o criados, y entretanto, prohibido como estaba el apresuramiento visible, era preciso llevar subrepticamente el intenso trabajo a un final convulsivo y en una posición dislocada, semisentados en un divancito incómodo. La mediocre potencia de Hugh no podría haber sobrevivido a la penosa experiencia si ella hubiera podido ocultarle más de lo que creía hacerlo la excitación

que le causaba el contraste entre lo ficticio y lo real, contraste que, después de todo, tiene ciertos visos de sutileza artística si recordamos las costumbres de ciertos pueblos de Extremo Oriente, prácticamente imbéciles en muchos otros aspectos. Pero el principal sostén de Hugh radicaba en la nunca defraudada expectativa del éxtasis ofuscado que idiotizaba gradualmente los dulces rasgos de Armande, pese a sus esfuerzos por mantener la cháchara insustancial. En cierto sentido, él prefería el ambiente de la sala al decorado aún menos normal de las raras ocasiones en que ella deseaba que la poseyera en la cama, bien metidos bajo las sábanas, mientras hablaba por teléfono, chismorreando con una amiga o bromeando con un varón desconocido. La capacidad de nuestro Person para tolerar todo esto, para encontrar explicaciones razonables, etcétera, hace que nos congraciemos con él, pero ¡ay!, a veces también provoca un límpido regocijo. Por ejemplo, se decía a sí mismo que ella se negaba a desnudarse porque le avergonzaba mostrar sus pechos pequeños y firmes, o la cicatriz de un accidente de esquí en el muslo. ¡Estúpido Person!

¿Le fue ella fiel durante los meses de su matrimonio que pasaron en la frágil, laxa y alegre América? En los primeros meses y el último invierno fue a esquiar algunas veces, sin él, a Aval, Quebec, o Chute, Colorado. Mientras estaba solo, él se prohibía cavilar sobre las trivialidades de la traición, tales como darle la mano a algún tipo o permitir que éste le diera un beso de buenas noches. Imaginar tales cosas era para él tan penoso como lo sería imaginar el voluptuoso acto sexual. Una férrea puerta del espíritu permanecía firmemente cerrada mientras ella estaba ausente; pero en cuanto regresaba, con el rostro moreno y radiante, con su figura esbelta como la de una azafata aérea, con aquel abrigo azul de botones planos tan brillantes como fichas de oro, entonces algo horrible se abría en él y una docena de ágiles atletas empezaban a pulular alrededor de Armande y la apalancaban en todos los moteles de su mente, si bien, como sabemos, ella había disfrutado de una coyunda plena con sólo una docena de tales excelentes amantes en el curso de tres viajes.

Nadie, y menos que nadie su madre, alcanzaba a comprender por qué Armande se había casado con un norteamericano bastante vulgar, con un empleo poco brillante; pero debemos poner fin a nuestras consideraciones sobre el amor.

**L**A segunda semana de febrero, cerca de un mes antes de que la muerte los separase, los Person hicieron un corto viaje a Europa: Armande para visitar a su madre, que agonizaba en un hospital belga (la respetuosa hija llegó demasiado tarde), y Hugh, por encargo de su empresa, para ver al señor R. y a otro escritor norteamericano que también residía en Suiza.

Llovía intensamente cuando un taxi lo dejó ante la grande, vieja y fea casa de campo de R. en lo alto de Versex. Subió por un camino de grava entre arroyos de burbujeante agua de lluvia a ambos lados. Encontró la puerta principal entreabierta y, mientras restregaba los pies en la esterilla, observó con divertida sorpresa a Julia Moore de espaldas a él, junto a la mesa del teléfono, en el vestíbulo. Volvía a llevar el bonito peinado a lo paje del pasado y la misma blusa de color naranja. Había terminado de limpiarse las suelas cuando la mujer colgó el teléfono y se volvió, revelando que era una muchacha totalmente distinta.

—Lamento haberle hecho esperar —le dijo, mirándole sonriente—. Sustituyo al señor Tamworth, que está de vacaciones en Marruecos.

Hugh Person entró en la biblioteca, una habitación cómodamente amueblada pero muy anticuada y con una iluminación del todo deficiente, con los estantes llenos de enciclopedias, diccionarios, guías y ejemplares de las múltiples ediciones y traducciones de los libros del autor. Se sentó en una gran butaca y extrajo de su maletín una lista de puntos a discutir. Las dos cuestiones principales eran cómo alterar ciertos personajes demasiado identificables en el manuscrito de *Tralaticiones* y qué hacer con tal título, comercialmente inaceptable.

En aquel momento entró R. No se había afeitado en tres o cuatro días y llevaba un ridículo mono azul que consideraba conveniente para distribuir sobre su persona los útiles de su profesión, tales como lápices, bolígrafos, tres pares de gafas, fichas, grandes clips, cintas elásticas y —en una disposición invisible— la daga con que, tras algunas palabras de bienvenida, apuntaría a nuestro Person.

Se dejó caer en el sillón que Hugh había dejado libre y le indicó otro similar frente a él. Entonces dijo:

—Sólo puedo repetir lo que he dicho, no una vez, sino con frecuencia: puede



usted alterar a un gato pero no puede alterar a mis personajes. En cuanto al título, que es un sinónimo perfectamente respetable de la palabra «metáfora», no me lo arrebatará ningún corcel salvaje. El médico aconsejó a Tamworth que cerrase mi bodega, lo cual hizo, y ocultó la llave que el cerrajero no podrá duplicar antes del lunes, y soy demasiado orgulloso, ¿sabe?, para comprar los vinos baratos que tienen en el pueblo, por lo que lo único que puedo ofrecerle —menea usted la cabeza por anticipado y tiene toda la razón, hijo— es una lata de zumo de albaricoque. Ahora permítame hablarle de títulos y libelos. Aquella carta que me escribió usted me hizo mucha gracia, ¿sabe? Me han acusado de retozar con menores, pero mis menores personajes son intocables, si me permite usted un juego de palabras.

Siguió explicando que si un auténtico artista había decidido formar un personaje sobre la base de un individuo viviente, todo retoque encaminado a disfrazar tal personaje equivalía a destruir el prototipo viviente, algo parecido a atravesar un muñeco de arcilla con una aguja para conseguir que la muchacha que vive al lado caiga muerta. Si la composición era artística, si no sólo contenía agua sino también vino, entonces era invulnerable en un sentido y horriblemente frágil en otro. Frágil porque cuando un tímido corrector efectuaba el cambio artístico de «esbelto» por «rollizo» o «moreno» por «rubio» desfiguraba tanto la imagen como la hornacina que la contenía y toda la capilla a su alrededor; e invulnerable porque, al margen de lo drástico que fuese el cambio de la imagen, su prototipo seguía siendo reconocible por la forma del agujero dejado en la textura del cuento. Pero aparte de todo esto, los caseros a quienes se le acusaba de retratar eran demasiado fríos para reconocer su presencia y su resentimiento. De hecho, preferirían disfrutar escuchando el chismorreó en los salones literarios con cierto aire de conocedor, como dicen los franceses.

La cuestión del título —*Tralaticiones*— era harina de otro costal. Los lectores no se daban cuenta de que existen dos tipos de título. Uno de ellos era el título hallado por el tonto autor o el inteligente editor una vez escrito el libro. *Eso* era simplemente una etiqueta pegada y luego afirmada golpeándola con el canto del puño. La mayor parte de nuestros peores *bestsellers* llevaban esa clase de título. Pero había otra clase: el título que brillaba a través del libro como una marca al agua, el título que nacía con el libro, el título al que el autor se había acostumbrado tanto durante los años en que acumulaba las páginas escritas, que había llegado a formar parte de todas y cada una de ellas. No, el señor R. no podía renunciar a *Tralaticiones*.

Hugh hizo la audaz observación de que la lengua tendía a sustituir la segunda «t» por una «l».

—La lengua de la ignorancia —vociferó el señor R.

Entró, con pasos saltarines, su bonita secretaria y anunció que el señor R. no debería excitarse ni fatigarse. El hombretón se levantó con un esfuerzo y permaneció en pie, tembloroso y sonriente, tendiendo una gran mano velluda.

—Bien —dijo Hugh—. Desde luego, le comunicaré a Phil su enérgica reacción

respecto a las cuestiones que ha planteado. Adiós, señor. Recibiré una muestra del diseño de la sobrecubierta la próxima semana.

—Hasta la vista, y que sea pronto —dijo el señor R.



**E**STAMOS de regreso en Nueva York y ésta es su última noche juntos.

Tras servirles una cena excelente, demasiado condimentada quizá, pero no muy abundante (ninguno de los dos era muy glotón), la obesa Pauline, la *femme de ménage* que compartían con un artista belga que vivía en el ático de encima de su piso, fregó los platos y se marchó a su hora habitual (alrededor de las nueve y cuarto). Dado que tenía la enojosa tendencia a sentarse unos momentos para ver la televisión, Armande siempre esperaba a que se marchara antes de conectar el aparato para su propio esparcimiento. Al fin la encendió, la dejó funcionar un momento, cambió un canal tras otro y la apagó con un bufido de disgusto (sus preferencias en estas cuestiones carecían de toda lógica: podía mirar uno o dos programas con apasionada regularidad o, por el contrario, no tocar el televisor durante una semana, como si castigara al maravilloso invento por alguna fechoría que sólo ella conocía, así que Hugh prefería ignorar sus ocultas enemistades con actores y comentaristas). Abrió un libro, pero en aquel momento le telefoneó la mujer de Phil para invitarla al preestreno de un drama lésbico con un reparto de lesbianas. Su conversación duró veinticinco minutos, y Armande utilizó un tono confidencial mientras Phyllis hablaba tan sonoramente que Hugh, que estaba sentado ante una mesa redonda, corrigiendo galeradas, podría haber escuchado, de haberse sentido inclinado a ello, ambos lados del trivial torrente verbal; pero se contentó con escuchar el resumen que le ofreció Armande cuando volvió al sofá de felpa gris cerca de la falsa chimenea. Como había ocurrido en ocasiones anteriores, alrededor de las diez llegó de súbito, desde el piso superior, una sucesión muy estridente de golpes y raspaduras: era el cretino de arriba, que arrastraba una pesada pieza de inescrutable escultura (catalogada como «*Pauline anide*») desde el centro de su estudio hasta el rincón que ocupaba de noche. Con su habitual reacción, Armande miró enfurecida el techo y observó que si el vecino fuese menos amable y servicial ya se habrían quejado mucho antes al primo de Phil (que administraba el edificio). Cuando volvió la calma, ella empezó a buscar el libro que había tenido entre las manos antes de que sonara el teléfono. Su marido siempre sentía una ternura especial, que le reconciliaba con la tediosa o brutal fealdad de lo que la gente no muy feliz llama «vida», cada vez que observaba en la pulcra, eficiente

y perspicaz Armande la belleza y la debilidad de la distracción humana. Esta vez encontró el objeto de su patética búsqueda (estaba en el revistero, cerca del teléfono) y, mientras se lo entregaba, ella le autorizó a que le tocara con labios reverentes las sienes y un mechón de cabello rubio. Entonces él volvió a las galeradas de *Tralaticiones* y ella a su libro, una guía turística francesa con una larga lista de restaurantes espléndidos, provistos de todos los tenedores y todas las estrellas, pero no muchos «hoteles agradables, tranquilos y bien situados» con tres o más torrecillas y a veces con un petirrojo cantor sobre una rama.

—Aquí hay una encantadora coincidencia —observó Hugh. Uno de sus personajes, en un pasaje bastante obsceno... por cierto, ¿ha de ser «Savoie» o «Savoy»?

—¿Cuál es la coincidencia?

—Ah, sí. Uno de los personajes está consultando una guía Michelin y dice: hay muchos kilómetros entre Condom, en Gascuña, y Pussy<sup>[5]</sup>, en Saboya.

—El Savoy es un hotel —dijo Armande, y bostezó dos veces, primero con las mandíbulas apretadas y luego abiertamente—. No sé por qué estoy tan cansada —añadió—, pero sé que estos bostezos desvían el sueño. Creo que esta noche voy a probar mis nuevas tabletas.

—Imagina que te deslizas sobre esquís por una pendiente muy suave. De joven, yo jugaba al tenis mentalmente y eso a menudo me servía de ayuda, sobre todo con pelotas nuevas y muy blancas.

Ella siguió otro rato sentada, perdida en sus pensamientos, y luego sacó una botella de coñac y fue a la cocina en busca de un vaso.

A Hugh le gustaba leer las pruebas dos veces, una para corregir los errores tipográficos y otra por las virtudes del texto. Creía que las cosas salían mejor si la inspección visual iba primero y el placer de la mente después. En aquel momento disfrutaba del último y, aunque no buscaba errores, aún tuvo ocasión de descubrir uno o dos disparates, suyos o del impresor. También se permitió, con la mayor timidez, poner signos de interrogación en los márgenes de un segundo juego (destinado al autor), poniendo en duda ciertas peculiaridades de estilo y ortografía, con la esperanza de que el gran hombre comprendiera que no se cuestionaba el genio sino la gramática.

Tras una larga consulta con Phil, se había decidido no tomar ninguna iniciativa en lo que hacía al riesgo de difamación que conllevaba la franqueza con que R. describía su complicada vida amorosa. Había «pagado por ello una vez, con soledad y remordimiento, y ahora estaba dispuesto a pagar en dinero contante y sonante a cualquier estúpido al que su relato pudiera herir» (cita resumida y simplificada de su última carta). En un largo capítulo de naturaleza mucho más libertina (a pesar de la ampulosidad de sus expresiones) que la charla obscena de los escritores de moda a los que criticaba, R. mostraba a una madre y una hija que prodigaban a su joven amante espectaculares caricias sobre un saliente en la montaña, por encima de un

teatral abismo, y en otros lugares menos peligrosos. Hugh no conocía a la señora R. con la intimidad suficiente para determinar su parecido con la matrona del libro (senos colgantes, muslos flácidos, gruñidos de mapache durante la cópula, etcétera); pero la hija, en sus ademanes, en su movimiento, en sus palabras anhelantes, en muchos otros rasgos que no le resultaban conscientemente familiares pero que encajaban a la perfección, era sin duda Julia, aunque el autor la convirtió en rubia y restó importancia a la cualidad eurasiática de su belleza. Hugh leía con interés y concentración, pero a través de la translucidez del texto seguía corrigiendo tal como tratamos de hacerlo algunos de nosotros: reparando una letra incompleta aquí, indicando cursiva allá, con la vista y la espina dorsal (el órgano principal del verdadero lector) colaborando más que estorbándose mutuamente. A veces se preguntaba qué significaba realmente una frase. ¿Qué sugería exactamente «rimiforme» y qué tal quedaba «ciruela balánica»? ¿O debería eliminar la «b» e insertar una «k» después de la «l»? El diccionario que utilizaba en casa ofrecía menos información que el enorme diccionario de hojas arrugadas y sucias que tenía en la oficina, y en aquel instante se había quedado perplejo ante cosas tan bellas como «todo el oro de un ciprís» y «unos escambros moteados». Puso un signo de interrogación sobre la palabra central del nombre del personaje secundario «Adam von Librikov», porque la partícula alemana discordaba con el resto. ¿O acaso toda la combinación era un taimado revoltillo? Finalmente, tachó el interrogante, pero en cambio reintrodujo el «Reino de Cnut» en otro pasaje: una humilde correctora de pruebas antes que él había supuesto que, o bien era necesario transponer las letras de la última palabra<sup>[6]</sup> o bien debería corregirse y poner «del Knut» (la correctora era de origen ruso, como Armande).

Nuestro Person, nuestro lector, no estaba seguro de aprobar sin reservas el florido y espurio estilo de R. No obstante, en sus mejores momentos («el gris arco iris de una luna atenazada por la niebla») era diabólicamente evocador. También se sorprendió a sí mismo tratando de establecer, basándose en los datos de la ficción, a qué edad, en qué circunstancias, el escritor había empezado a seducir a Julia. ¿Fue cuando era una niña... cuando le hacía cosquillas en el baño y le besaba los húmedos hombros desnudos, hasta que un día se la llevó envuelta en una gran toalla a su guarida, tan deliciosamente descrita en la novela? ¿O coqueteó con ella durante su primer curso universitario, cuando le pagaban dos mil dólares por leer a una enorme audiencia de estudiantes y catedráticos algunos de sus relatos cortos, publicados y reimpresos hasta entonces muchas veces, pero en verdad un material maravilloso? ¡Era magnífico tener *esa* clase de talento!



**E**RAN ya más de las once. Hugh apagó las luces de la sala de estar y abrió la ventana. La ventosa noche de marzo encontró algo con que extenderse por la habitación. Un letrero luminoso, DOPPLER, cambió a violeta a través de las cortinas semicorridas e iluminó los papeles de un blanco mortecino que él había dejado sobre la mesa.

Dejó que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad de la habitación contigua, y luego entró furtivamente. El primer sueño de Armande solía caracterizarse por un estrepitoso ronquido. Uno no podía dejar de maravillarse de que una muchacha tan esbelta y refinada pudiera producir vibraciones tan fuertes. En la primera etapa de su matrimonio, esto había molestado a Hugh por la amenaza implícita de su posible continuación durante toda la noche. Pero algo, algún ruido exterior, o un sobresalto en su sueño, o el ruido discreto que hacía el paciente marido para aclararse la garganta, le afectaba, y entonces se agitaba, suspiraba, tal vez chasqueaba los labios o se volvía de lado, tras lo cual se dormía de nuevo en silencio. Al parecer, este cambio de ritmo se había producido mientras él todavía trabajaba en la sala; y ahora, para que no volviera a empezar todo el ciclo, Hugh procuró desvestirse haciendo el menor ruido posible. Más tarde recordaría que abrió con mucha cautela un cajón excepcionalmente crujiente (cuyo crujido él nunca había notado en otras ocasiones) para sacar unos calzoncillos de los que usaba en lugar de pijama. Soltó un juramento entre dientes al oír la estúpida queja de la vieja madera y renunció a cerrar el cajón; pero las tablas del suelo lo sustituyeron en cuanto él empezó a andar de puntillas hacia su lado de la cama de matrimonio. ¿Acaso fue eso lo que la despertó? Sí, eso fue, nebulosamente, o al menos fue lo que abrió un resquicio en el sueño, y ella murmuró algo acerca de la luz. En realidad, todo lo que violaba la oscuridad era un rayo de luz en ángulo que procedía de la sala de estar, cuya puerta él había dejado entreabierta. La cerró suavemente y fue a tuestas hasta la cama.

Permaneció algún tiempo tendido con los ojos abiertos, escuchando otro ruidito tenaz, el de las gotas de agua al caer sobre el linóleo bajo un radiador defectuoso. ¿Dijo usted que había pensado que iba a pasar otra noche de insomnio? No exactamente. La verdad es que tenía mucho sueño y no necesitaba la píldora

somnífera, de alarmante eficacia, a la que recurría de vez en cuando; pero a pesar de la somnolencia era consciente de que había ido surgiendo de un modo subrepticio una serie de preocupaciones, dispuestas a abalanzarse sobre él. ¿Qué clase de preocupaciones? Ordinarias, nada muy grave ni especial. Permaneció boca arriba, esperando a que se reunieran, lo cual hicieron simultáneamente con las manchas pálidas que subían a hurtadillas para ocupar su acostumbrada posición en el techo mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. Pensó que su esposa fingía de nuevo un trastorno femenino para que no la abordara; que probablemente le engañaba de muchas otras maneras; que también él, en cierto sentido, la engañaba al ocultarle la única noche que había pasado con otra mujer, premaritalmente en el aspecto temporal, pero espacialmente en aquella misma habitación; que preparar los libros de otras personas para su publicación era un trabajo degradante; que por muy penosa que fuese aquella tarea o su insatisfacción temporal, no importaba ante el amor cada vez más intenso y más tierno que sentía por su esposa; que algún día del próximo mas tendría que consultar al oftalmólogo. Cambió la letra equivocada por una «e» y siguió explorando la abigarrada galerada en que se estaba convirtiendo la negrura tras sus ojos cerrados. Una doble sístole le catapultó de nuevo a la plena conciencia, y prometió a su yo no corregido que limitaría su ración diaria de cigarrillos a un par de latidos del corazón.

—¿Y entonces se durmió?

—Sí. Puede que aún me esforzara para distinguir una vaga línea impresa, pero... Sí, me dormí.

—Supongo que intermitentemente.

—No, al contrario, nunca había dormido de un modo tan profundo. Mire, la noche anterior sólo había dormido unos minutos.

—Muy bien. Ahora me pregunto si sabe usted que los psicólogos que trabajan en grandes prisiones deben haber estudiado, entre otras cosas, esa parte de la tanatología que trata de los medios y métodos de muerte violenta.

Person emitió un sonido fatigadamente negativo.

—Bien, se lo diré de otro modo. La policía desea saber qué instrumento usó el criminal. El tanatólogo desea saber por qué y cómo usó dicho instrumento. ¿Me explico, hasta aquí?

Fatigada afirmación.

—Los instrumentos son... bueno, instrumentos. De hecho, pueden formar parte del trabajador, como, por ejemplo, la escuadra del carpintero es realmente una parte del carpintero. Pero los instrumentos también pueden ser de carne y hueso, como éstos (tomando las manos de Hugh, dándoles unas palmaditas por turno y luego colocándolas sobre sus palmas como para exhibirlas o iniciar algún juego infantil).

Sus enormes manos le fueron devueltas a Hugh como si fueran dos platos vacíos. A continuación le explicaron que al estrangular a un adulto joven se utilizaba en general uno de dos métodos: el ataque frontal de aficionado, que no es muy eficaz, y

el sistema más profesional, que se practica desde atrás. En el primer método los ocho dedos rodean rápidamente el cuello de la víctima, mientras que los dos pulgares le comprimen la garganta. Sin embargo, uno corre el riesgo de que las manos de la víctima le cojan las muñecas o traten por cualquier otro medio de repeler el asalto. El segundo sistema, mucho más seguro, desde atrás, consiste en presionar fuertemente con ambos pulgares contra la nuca del muchacho, o preferentemente de la muchacha, y actuar sobre la garganta con los otros dedos. A estas presas les damos los nombres de *Pouce* y *Fingerman*, respectivamente. Sabemos que atacó usted desde atrás, pero se plantea la siguiente pregunta: cuando planeó estrangular a su esposa, ¿por qué eligió la presa *Fingerman*? ¿Por qué percibió instintivamente que ese asimiento repentino y vigoroso brindaba las mayores posibilidades de éxito? ¿O se hizo usted otras consideraciones subjetivas, como pensar que realmente detestaba observar los cambios de expresión facial de su esposa durante el proceso?

Él no planeó nada. Durmió durante todo el horrible acto automático, y despertó cuando ambos aterrizaron en el suelo, al lado de la cama.

¿Había mencionado que soñó que la casa estaba envuelta en llamas?

Eso era cierto. Las llamas brotaban por todas partes y uno lo veía todo a través de tiras escarlata de plástico vítreo. Su compañera ocasional de cama había abierto a toda prisa la ventana. ¿Que quién era ella? Venía del pasado... una furcia callejera a la que había recogido en su primer viaje al extranjero, hacía unos veinte años, una pobre chica cuyos padres eran de países distintos, aunque ella era norteamericana y muy dulce. Se llamaba Giulia Romeo, apellido que significa «peregrino» en italiano antiguo. Todos los sueños son diagramas de la realidad diurna. Corrió tras ella para evitar que se arrojara al vacío. La ventana era grande y baja, tenía un ancho alféizar acolchado y enfundado, como era costumbre en aquel país de hielo y fuego. ¡Qué glaciares, qué amaneceres! Giulia, o Julia, llevaba una combinación Doppler sobre su cuerpo luminoso, y se había acostado en el alféizar, con los brazos extendidos y tocando las hojas de la ventana. Hugh miró más allá de ella, y allá abajo, en la cima del patio o jardín, las idénticas llamas se movían como las lenguas de papel rojo que un ventilador oculto agita alrededor de unos troncos navideños de imitación en los festivos escaparates de infancias detenidas por la nieve. Saltar, o tratar de descender mediante una cuerda de nudos (exhibía los nudos una dependienta de largo cuello y aire medieval, como flamenco, reflejada en un espejo metálico en el fondo de su sueño), le parecía una locura, y el pobre Hugh hizo lo que pudo por detener a Julieta. Buscando el mejor asidero, la había agarrado por el cuello desde atrás, con sus pulgares de uñas cuadradas hundiéndose en la nuca iluminada por una luz violeta, y los ocho dedos restantes comprimiendo la garganta. Una tráquea contorsionante aparecía en una pantalla de cine científico al otro lado del patio o de la calle, pero por lo demás todo se había vuelto muy seguro y cómodo: había sujetado perfectamente a Julia, y la habría salvado de una muerte segura si ella, en su lucha suicida por escapar del fuego, no se hubiera deslizado por encima del alféizar, llevándoselo consigo al



vacío. ¡Qué caída! ¡Qué estúpida Julia! Era una suerte que el señor Romeo todavía sujetara, retorciera y quebrara aquel corvo cricoide mientras lo radiografiaban los bomberos y los guías de montaña en la calle. ¡Cómo volaron! ¡Supermán llevando una joven alma en sus brazos!

El impacto contra el suelo fue menos brutal de lo que había esperado. Eso es una bravuconada y no el sueño de un paciente, Person. Tendré que hacerlo constar en el informe. Se lastimó un codo, y la mesita de noche volcó con la lámpara, un vaso, un libro. Pero, alabado sea el Arte, ella estaba a salvo, junto a él, tendida muy quieta a su lado. Buscó a tientas la lámpara caída y la encendió diestramente en su posición inusual. Por un momento se preguntó qué hacía allí su esposa, postrada en el suelo, el rubio cabello extendido como si volara. Entonces se miró sus garras ruborosas.



QUERIDO Phil:

Ésta es, sin duda, la última carta que te envío. Voy a dejarte. Me marchó con otro editor, todavía más grande. En esa Casa leerán mis pruebas los querubines o me imprimirán con erratas los demonios, según el departamento que asignen a mi pobre alma. Así que adieu, querido amigo, y que tu heredero subaste esto del modo más ventajoso.

Su naturaleza holográfica se explica por el hecho de que prefiero que no me lea Tom Tam o alguno de sus mecanógrafos. Estoy mortalmente enfermo, tras una chapucera operación, en la única habitación privada de un hospital boloñés. La amable y joven enfermera que echará esta carta al correo me ha dicho, con terribles gestos de trincar, algo por lo que le he pagado tan generosamente como le habría pagado sus favores si todavía fuese un hombre. En realidad, los favores del conocimiento de la muerte son infinitamente más preciosos que los del amor. Según mi pequeña espía de ojos almendrados, el gran cirujano, ojalá se le pudra el hígado, me mintió cuando declaró ayer con una sonrisa de calavera que la *operazione* había sido *perfetta*. Bien, lo ha sido en el sentido en que Euler llamó cero al número perfecto. La verdad es que me abrieron, echaron una mirada horrorizada a mi *fegato* putrefacto y, sin tocarlo, me cosieron de nuevo.

No te molestaré con el problema de Tamworth. Deberías haber visto la expresión relamida de los labios enmarcados por la barba del oblongo individuo cuando me visitó esta mañana. Como sabes —como todo el mundo sabe, incluso Marión— se inmiscuyó en todos mis asuntos, metiéndose en cada grieta, recogiendo cada una de mis palabras con acento alemán, de modo que ahora, como un nuevo Boswell, puede escribir la vida del muerto con la misma perfección con que ha supervisado al hombre vivo. También escribo a nuestro mutuo abogado acerca de las medidas que desearía se tomaran después de mi tránsito, a fin de contrariar a Tamworth en cada paso de sus planes laberínticos.

La única niña a la que he amado es la encantadora, tonta y traicionera Julia Moore. Cada céntimo y centavo que poseo, así como todos los derechos literarios que se puedan arrancar de las garras de Tamworth, ha de ser para ella, sean cuales fueren

las ambiguas oscuridades contenidas en mi testamento: Sam sabe a qué me refiero y actuará en consonancia.

Las dos últimas partes de mi Opus están en tus manos. Siento mucho que Hugh Person no esté aquí para cuidar de su publicación. Cuando recibas esta carta no acuses recibo, pero en vez de eso, en una especie de código que me dé a entender que la tienes presente, dame a modo de buena chismorrería alguna información sobre él. Por ejemplo, por qué ha estado en la cárcel un año, ¿o más?, si se descubrió que había actuado en un trance puramente epiléptico; por qué le transfirieron a un manicomio para locos criminales después de que se revisara su caso y no se le imputara el crimen, y por qué le hicieron ir y venir entre la prisión y el manicomio durante los cinco o seis años siguientes antes de acabar como un paciente tratado en privado. ¿Cómo es posible tratar los sueños a menos que sea uno un farsante? Por favor, cuéntame todo esto, porque Person fue una de las personas más agradables que he conocido y también porque puedes pasar de contrabando toda clase de informaciones secretas para este pobre diablo en tu carta sobre él.

No exagero con lo de pobre diablo, ¿sabes? Mi desdichado hígado es tan pesado como un manuscrito rechazado. Consiguen mantener a raya el dolor de la horrible hiena por medio de frecuentes inyecciones, pero de un modo u otro siempre está presente *tras* la pared de mi carne como el trueno ahogado de una avalancha permanente que arrasa ahí, más allá de mí, toda la estructura de mi imaginación, todos los hitos de mi yo consciente. Resulta cómico, pero solía creer que los moribundos ven la vanidad de las cosas, la futilidad de la fama, la pasión, el arte y todo lo demás. Creía que los recuerdos atesorados en la mente de un moribundo se reducen a jirones de arco iris. Pero ahora siento exactamente lo contrario: mis sentimientos más triviales, y los de todos los hombres, han adquirido proporciones gigantescas. Todo el sistema solar no es más que un reflejo en el cristal de mi (o tu) reloj de pulsera. Cuanto más me encojo mayor me hago. Supongo que éste es un fenómeno fuera de lo corriente. ¡Rechazo total de todas la religiones jamás soñadas por el hombre y serenidad absoluta ante la muerte total! Si pudiera explicar esta triple totalidad en un grueso libro, éste se convertiría sin duda en una nueva biblia y su autor en el fundador de un nuevo credo. Por suerte para mi amor propio, ese libro no se escribirá, no sólo porque un moribundo no puede escribir libros, sino porque esa obra en concreto nunca expresaría en un instante lo que sólo puede comprenderse *de inmediato*.

Nota añadida por el destinatario:

Recibida el día de la muerte del escritor. Archívese en Repos — R.



**P**ERSON detestaba mirarse y tocarse los pies. Eran inusitadamente feos y sensibles. Incluso de adulto evitaba mirárselos cuando se desvestía. De ahí que eludiera la manía norteamericana de andar descalzo por casa, ese retroceso a la infancia, a tiempos más sencillos y provechosos. ¡Qué punzante escalofrío experimentaba ante la sola idea de cogerse la uña de un dedo con la seda de un calcetín (también se quitaban los calcetines de seda)! Así tiembla una mujer al oír el chirrido de un cristal de ventana cuando lo raspan. Sus pies eran nudosos, débiles, siempre le dolían. Comprar unos zapatos equivalía a ir al dentista. Dirigió una larga mirada de disgusto al artículo que había comprado en Brig cuando se dirigía a Witt. No hay nada que esté envuelto con una pulcritud tan diabólica como una caja de zapatos. Desgarrar el papel le produjo un alivio nervioso. Ya se había probado una vez, en la tienda, aquel par de repugnantes y pesadas botas de montaña. Ciertamente tenían el tamaño apropiado, y con la misma certeza no eran tan cómodas como le había asegurado el vendedor. Se adaptaban a los pies, sí, pero de un modo opresivo. Se las puso con un gemido y las ató soltando imprecaciones. No importaba, tenía que soportarlo. La ascensión que pensaba realizar no podía hacerse con sus zapatos de calle. La primera y única vez que lo intentó, no había hecho sino resbalar en las losas rocosas. Por lo menos aquellas botas se aferraban a las superficies traicioneras. Recordaba también las ampollas que le había levantado un par similar, pero de gamuza, adquirido ocho años atrás y que había tirado al abandonar Witt. Bueno, la izquierda le apretaba un poco menos que la derecha. Magro consuelo.

Descartó su pesada chaqueta oscura y se puso una vieja cazadora con capucha. Cuando iba por el pasillo tropezó con tres escalones antes de llegar al ascensor. El único propósito que podía asignarles era que le advertían de que iba a sufrir, pero él no hizo caso del ligero dolor y encendió un cigarrillo.

Como es característico en el caso de un hotel de segunda clase, la mejor vista de las montañas se divisaba desde las ventanas del pasillo, en este caso el de su extremo norte. Unas alturas rocosas oscuras, casi negras, veteadas de blanco, algunas de cuyas crestas se mezclaban con el lóbrego cielo encapotado. Más abajo, los frondosos bosques de coníferas y, más abajo aún, el verde más claro de los campos.

¡Melancólicas montañas! ¡Ensalzadas protuberancias de gravedad!

El suelo del valle, con la pequeña población de Witt y diversos villorrios a lo largo de un estrecho río, estaba formado por pequeños y tristes prados rodeados de alambradas y con una lozana floración de alto hinojo por todo adorno. El río era tan recto como un canal y discurría bajo espesos alisos. La mirada buscaba por todas partes, pero no hallaba consuelo ni en lo próximo ni en lo lejano, en aquel embarrado camino de vacas que atravesaba una cuesta segada o en aquella plantación de alerces estrictamente ordenados en la falda opuesta.

La primera etapa de su nueva visita (Person tendía a las peregrinaciones, en lo cual se parecía a uno de sus antepasados, un francés, poeta católico y poco menos que santo) consistía en un paseo a través de Witt hasta un grupo de chalets en una cuesta, en lo alto de la población. Ésta parecía incluso más fea y dispersa. Reconoció la fuente, el edificio del banco y la iglesia, el gran castaño y el café. Y allí estaba la oficina de correos, con el banco cerca de su puerta, esperando cartas que nunca llegaban.

Cruzó el puente sin detenerse a escuchar el ruido vulgar del arroyo que no podía decirle nada. La cuesta tenía una franja de abetos en lo alto, y más allá se alzaban algunos abetos más —nebulosos fantasmas o árboles sustitutorios— en una disposición grisácea bajo las nubes cargadas de lluvia. Habían construido una nueva carretera y levantado más casas, que cubrían los puntos sobresalientes que él recordaba o creía recordar.

Ahora tenía que encontrar Villa Nastia, la cual seguía ostentando el absurdo diminutivo ruso de una anciana muerta, que la había vendido poco antes de su última enfermedad a una pareja inglesa sin hijos. Hugh miraría el porche como quien usa un sobre de celofán para deslizar en él una imagen del pasado.

Vaciló en una esquina de la calle. Más allá, una mujer vendía verduras en un puestecillo. *Est-ce que vous savez, Madame...* Sí, lo sabía, estaba en lo alto de aquel sendero. Mientras hablaba, un perro grande, blanco, tembloroso, salió arrastrándose por detrás de una caja y, con un sobresalto de inútil reconocimiento, Hugh recordó que ocho años atrás se había detenido precisamente allí y había reparado en aquel perro, que por entonces ya era bastante viejo y que ahora afrontaba una edad fabulosa sólo para servir a su ciega memoria.

El entorno era irreconocible, excepto la pared encalada. El corazón le latía con fuerza tras la ardua subida. Una niña rubia con una raqueta de badminton se agachó y recogió el rehilete caído en la acera. Más allá, Hugh localizó Villa Nastia, ahora pintada de azul celeste. Tenía todas las ventanas cerradas.



**A**L elegir uno de los senderos señalizados que conducían a las montañas, Hugh reconoció otro detalle del pasado, a saber, el venerable inspector de bancos, bancos ensuciados por los pájaros, tan viejos como él, que se pudrían en umbríos rincones aquí y allá, hojas secas abajo y verdes arriba, junto a un camino resueltamente idílico que ascendía hacia una cascada. Recordó la pipa del inspector con gemas de Bohemia engastadas (en armonía con la nariz furunculosa de su dueño) y también el hábito que tenía Armande de intercambiar comentarios lúbricos en alemán suizo con el viejo mientras éste examinaba la basura acumulada bajo un asiento agrietado.

Ahora la región ofrecía a los turistas una serie adicional de ascensiones y funiculares, así como una nueva carretera asfaltada desde Witt hasta la estación del teleférico a la que Armande y sus amigos solían ir a pie. En aquella época Hugh había estudiado con sumo cuidado el mapa público, una gran *Carte du Tendre* o Mapa de Tortura, desplegado y pegado en una cartelera cerca de la oficina de correos. Si ahora hubiera deseado viajar cómodamente a las cuestas del glaciar, podría haber tomado el nuevo autobús que enlazaba Witt con el teleférico de Drakonita. Pero él quería hacerlo como antaño, del modo más difícil, y pasar en su ascenso por el bosque inolvidable. Confiaba en que el teleférico de Drakonita fuera el mismo que recordaba, una pequeña cabina con dos bancos, uno frente al otro. Corría a unos veinte metros por encima de una franja empinada y cubierta de hierba, en una hendidura entre abetos y alisos. Cada medio minuto más o menos pasaba por una torre metálica con una trepidación y un matraqueo súbitos, pero por lo demás se deslizaba con dignidad.

La memoria de Hugh había reunido en un solo camino los diversos senderos del bosque y los caminos para acarreo de troncos que conducían a la primera etapa difícil de la ascensión: un montón de grandes piedras y un mogollón de rododendros entre los cuales uno subía para alcanzar el teleférico. No es de extrañar que pronto perdiera el camino.

Entretanto su memoria seguía su camino privado. De nuevo jadeaba tras la implacable muchacha. Otra vez ella bromeaba con Jacques, el guapo suizo de cabello rojizo como pelaje de zorro y ojos soñadores. Otra vez coqueteaba con los eclécticos gemelos ingleses, los cuales llamaban Guerras Frías a las hondonadas y Ah Tarifas a

las crestas.<sup>[7]</sup> A pesar de su físico tremendo, Hugh no tenía ni las piernas ni los pulmones adecuados para mantenerse a la par de los otros, ni siquiera en el recuerdo. Y cuando los cuatro aceleraron el paso y se desvanecieron con sus crueles piolets, rollos de cuerda y otros instrumentos de tortura (equipo exagerado por la ignorancia), él descansó en una roca y, mirando hacia abajo, le pareció ver a través de la niebla móvil los contornos de las mismas montañas que hollaban sus torturadores, la corteza cristalina que se alzaba con su corazón desde el fondo de un *more* (mar) inmemorial. Pero por lo general solían pedirle que no se rezagara aun antes de que ellos hubieran salido del bosque, un lúgubre grupo de viejos abetos, con empinados senderos cubiertos de barro y sotos de húmeda hierba ondulante.

Ahora ascendía a través de aquel bosque, jadeando tan penosamente como lo había hecho en el pasado, cuando seguía la nuca dorada de Armande o una enorme mochila sobre una espalda masculina desnuda. Como entonces, la presión de la puntera de la bota sobre su pie derecho le había despellejado la articulación del tercer dedo, produciéndole una matadura rojiza cuya quemazón atravesaba todos sus trillados pensamientos. Finalmente dejó atrás el bosque y llegó a un campo lleno de piedras y un granero que creyó recordar, pero el arroyo en el que antaño se bañó los pies y el puente roto que de repente salvaba el abismo de tiempo en su mente no se veían por ningún lado. Siguió caminando. El día parecía algo más brillante, pero en aquel momento una nube escamoteó de nuevo el sol. El sendero había llegado a los pastos. Se fijó en una gran mariposa blanca posada en una piedra. Sus alas delgadas como el papel, moteadas de negro y manchadas de un carmesí desvaído, tenían márgenes transparentes de una desagradable textura encrespada, que temblaba bajo el melancólico viento. A Hugh le disgustaban los insectos, y aquel le produjo una repugnancia especial. Sin embargo, la amabilidad poco habitual que embargaba su ánimo le hizo superar el impulso de aplastarlo con la bota. Tuvo la vaga idea de que la mariposa debía de estar fatigada y hambrienta y agradecería que la transfiriesen a un cercano acerico de florecillas rosadas, y se inclinó hacia el animalejo, pero éste, moviéndose con gran energía, eludió su pañuelo, aleteó chapuceramente para vencer a la gravedad y emprendió un vigoroso vuelo.

Hugh caminó hasta un poste indicador. Cuarenta y cinco minutos a Lammerspitz, dos horas y media a Rimperstein. Aquél no era el camino que llevaba al teleférico del glaciar. Las distancias indicadas le parecieron alucinantes.

Unas rocas redondas con parches de musgo oscuro y liquen verde claro flanqueaban el camino más allá del poste señalizador. Hugh miró las nubes que difuminaban las cumbres distantes o se combaban como grasa de ballena entre ellas. No valía la pena continuar la ascensión solitaria. ¿Había pasado ella por allí, habían impreso las suelas de sus botas su complicado diseño en aquella arcilla? Contempló los restos solitarios de una comida campestre, fragmentos de cáscara de huevo rotos por los dedos de otro excursionista solitario que se había sentado allí unos minutos antes, y una bolsa de plástico arrugada en la que una sucesión de rápidas manos

femeninas provistas de diminutas pinzas habían introducido blancas rodajitas de manzana, ciruelas negras, nueces, pasas, la pegajosa momia de un plátano, todo ello ya digerido por entonces. El tono gris de la lluvia pronto lo engulliría todo. Sintió un primer beso en la zona calva del cráneo y regresó a los bosques y la viudez.

Los días semejantes a éste proporcionan descanso a la vista y permiten a los restantes sentidos funcionar más libremente. Cielo y tierra habían perdido todo color. Llovía, o había un amago de lluvia, o no llovía en absoluto, pero en cualquier caso parecía que llovía de una manera que sólo ciertos dialectos nórdicos antiguos pueden expresar verbalmente o no expresar, sino *versionizar*, por así decirlo, a través del espectro de un sonido producido por la llovizna en una confusión de agradecidos rosales. «Llueve en Wittenberg, pero no en Wittgenstein». Un abstruso chiste de *Tralaticiones*.





**L**A intromisión directa en la vida de una persona no entra en nuestro campo de actividades ni, por otro lado, hablando tralaticiosamente, es su destino una cadena de eslabones predeterminados: algunos acontecimientos «futuros» pueden ser más probables que otros, de acuerdo, pero todos son quiméricos, y cada secuencia de causa y efecto es siempre una cuestión fortuita, aun cuando tu cuello esté en el cepo de la guillotina y la muchedumbre cretina contenga el aliento.

Sólo resultaría el caos si algunos de nosotros defendiéramos al señor X, mientras otro grupo apoyaba a la señorita Julia Moore, cuyos intereses, por ejemplo lejanas dictaduras, entraron en conflicto con los de su enfermo y antiguo pretendiente, el señor (ahora Lord) X. Lo máximo que podemos hacer cuando encaminamos a un favorito en la mejor dirección, en circunstancias que no conlleven perjuicios para otros, es actuar como un soplo de viento y aplicar la presión más ligera, más indirecta, como *tratar* de inducir un sueño y *confiar* en que nuestro favorito lo recordará como profético si un hecho semejante ocurre realmente. En la página impresa las palabras «semejante» y «realmente» también deberían ir en cursiva, por lo menos *ligeramente*, para indicar el *ligero* soplo de viento que inclina esos caracteres (tanto en el sentido de signos como en el de personajes). De hecho, dependemos de la cursiva en un grado aún mayor de lo que dependen, en su picaresca singularidad, los escritores de libros para niños.

La vida humana puede compararse a una persona que danza de mil maneras alrededor de su propio yo. Así, las verduras de nuestro primer libro de imágenes rodeaban a un niño en su sueño: pepino verde, berenjena azul, remolacha roja, Patata *père*, Patata *fils*, un espárrago afeminado y, oh, muchos más, su *ronde* giratoria cada vez más veloz y formando gradualmente un anillo transparente de colores agrupados alrededor de una persona o un planeta muertos.

Otra cosa que no hemos de hacer es explicar lo inexplicable. Los hombres han aprendido a vivir con una negra carga, una enorme y dolorosa joroba: la suposición de que la «realidad» puede ser sólo un «sueño». ¡Cuánto más terrible sería si el mismo conocimiento de tu conciencia de la naturaleza soñadora de la realidad fuese también un sueño, una alucinación interior! Sin embargo, no debemos olvidar que no

hay perspectiva sin un punto de fuga, del mismo modo que no hay ningún lago sin un círculo cerrado de tierra segura.

Hemos mostrado nuestra necesidad de comillas («realidad», «sueño»). ¡Decididamente, los signos con los que Hugh Person todavía salpica los márgenes de las galeradas tienen un significado metafísico o zodiacal! «Polvo al polvo» (los muertos se mezclan, se llevan bien: eso por lo menos es del todo cierto). Un paciente de uno de los hospitales psiquiátricos de Hugh, mal hombre pero buen filósofo, en aquel entonces enfermo en fase terminal (horrible frase a la que no pueden poner remedio las comillas), escribió para Hugh en el Álbum de Asilos y Cárceles de este último (una especie de diario que llevó en aquellos terribles años):

En general se da por sentado que si el hombre estableciera el hecho de la supervivencia después de la muerte, también resolvería, o estaría en camino de resolver, el enigma del Ser. Pero ¡ay!, los dos problemas no se superponen o mezclan necesariamente.



**Y** tú, Person, ¿qué esperabas de tu peregrinaje? ¿Ver de nuevo reflejados en un espejo tus remotos tormentos? ¿Simpatía por parte de una vieja piedra? ¿La recreación forzada de trivialidades irrecuperables? ¿La búsqueda del tiempo perdido en un sentido absolutamente distinto del espantoso «*Je me souviens, je me souviens de la maison où je suis né*» de Goodgrief o en el de la misma búsqueda de Proust? En él nunca había experimentado (salvo una vez, al final de su última ascensión) sino aburrimiento y amargura. Algo más tenía que haberle hecho visitar de nuevo el triste y monótono pueblo de Witt.

No era la creencia en los fantasmas. ¿A quién le interesaría perseguir pedazos semirrecordados de materia (no sabía que Jacques yacía enterrado bajo dos metros de nieve en Chute, Colorado), itinerarios inciertos, la cabaña de un club a la que algún conjuro le impedía llegar y cuyo nombre, de todos modos, se había mezclado irremediabilmente con «Draconita», un estimulante que ya no fabricaban pero que aún estaba anunciado en vallas y hasta en muros de piedra? Sin embargo, algo relacionado con apariciones espectrales le había impulsado a ir allí desde otro continente. Aclaremos esto un poco más.

Casi todos los sueños en los que ella se le había aparecido después de su muerte, habían tenido como escenario, no unos parajes norteamericanos en invierno, sino los de aquellas montañas suizas y lagos italianos. Ni siquiera había encontrado aquel lugar del bosque donde un alegre grupo de pequeños excursionistas interrumpieron un beso inolvidable. El desiderátum era un momento de contacto con la imagen esencial de la muchacha en un entorno recordado con exactitud.

De regreso al hotel Ascot, devoró una manzana, se quitó las botas manchadas de arcilla y, sin cuidarse de sus ampollas ni de sus calcetines húmedos, se puso sus cómodos zapatos de calle. ¡Vuelta ahora a la torturante tarea!

Pensando que una pequeña inspección podría ayudarle a recordar el número de la habitación que había ocupado ocho años antes, recorrió todo el pasillo del tercer piso, y después de mirar un número tras otro, se detuvo: el recurso había dado resultado. Vio un 313 muy negro sobre una puerta muy blanca y recordó al instante lo que le dijo a Armande (la cual le había prometido visitarle y no deseaba ser anunciada):

«Mnemotécnicamente podría imaginarse como tres figurillas de perfil: un prisionero que pasa con un guardián delante de él y otro detrás». Armande replicó que eso era demasiado caprichoso para ella y que se limitaría a anotarlo en la agenda que llevaba en el bolso.

Un perro ladró al otro lado de la puerta, y Hugh se dijo que aquello era señal de que la habitación estaba ocupada por algo más que por fantasmas. Sin embargo, se sentía satisfecho, con la sensación de haber recuperado un importante fragmento de aquel concreto pasado.

A continuación bajó las escaleras y pidió a la recepcionista rubia que telefonara al hotel de Stresa y averiguase si podían reservarle por un par de días la habitación donde se habían alojado el señor Hugh Person y señora ocho años atrás. Le dijo que el nombre del hotel sonaba como «Beau Romeo». Ella lo repitió en su forma correcta, pero dijo que la gestión quizá requiriera algunos minutos y que esperase en el salón.

Allí sólo había otras dos personas, una mujer que tomaba un tentempié en un extremo (el restaurante no estaba en servicio, pues aún no lo habían limpiado tras una ridícula pelea) y un hombre de negocios suizo que ojeaba un viejo número de una revista norteamericana (la cual había sido abandonada allí por Hugh ocho años antes, pero esto no lo sabía nadie). Al lado del hombre de negocios suizo había una mesa cubierta con folletos del hotel y revistas bastante recientes, y un codo de aquel hombre reposaba sobre *Transatlantic*. Hugh tiró de la revista y el caballero suizo casi se incorporó de un salto. Las excusas por una y otra parte florecieron en una conversación. El inglés de *Monsieur* Wilde se parecía en muchos aspectos al de Armande, tanto en la gramática como en la entonación. Le había asombrado en grado sumo un artículo en la *Transatlantic* de Hugh (se la cogió un momento, se humedeció el pulgar, encontró la página y la golpeó con el dorso de los dedos mientras devolvía la revista abierta por el artículo ofensivo).

—Hablan aquí de un hombre que asesinó a su esposa hace ocho años y...

La recepcionista, cuyos escritorio y busto podía él distinguir en miniatura desde donde estaba sentado, le hacía señas desde lejos. Salió de su recinto y avanzó hacia él:

—No contestan —le dijo—. ¿Quiere que siga intentándolo?

—Sí, por favor —respondió Hugh, al tiempo que se levantaba y tropezaba con alguien (la mujer, que había envuelto la grasa sobrante de su jamón en una servilleta de papel y abandonaba el salón)—. Sí, oh, dispense. Sí, por todos los medios. Llame a Información o donde sea.

Bien, a aquel asesino le habían perdonado la vida ocho años atrás (hasta cierto punto, también se la habían perdonado a Person ocho años atrás, pero era una vida dispersa, ¡toda ella dispersa en el sueño de un enfermo!), y ahora, de repente, estaba libre, porque, fíjese, fue un preso ejemplar e incluso enseñó a sus compañeros de celda cosas tales como ajedrez, esperanto (era un inveterado esperantista), la mejor manera de hacer pastel de calabaza (era también pastelero de oficio), los signos del

Zodiaco, el *gin rummy*, etcétera, etcétera. Para algunas personas, ¡ay!, *gal* solamente es una unidad de aceleración usada en geodesia.<sup>[8]</sup>

Era pasmoso, continuó el caballero suizo, usando una expresión que Armande habría copiado de Julia (ahora *Lady X*), realmente pasmoso, cómo se consentía el crimen en estos tiempos. Aquel mismo día, un camarero temperamental que había sido acusado de robar una maleta en el hotel Dôle (el cual, entre paréntesis, el señor Wilde no recomendaba) golpeó al *maître d'hôtel* en un ojo y se lo puso a la funerala, causándole una grave lesión. ¿Suponía su interlocutor que el hotel había llamado a la policía? No, señor, no lo hizo. *Eh bien*, en un nivel superior (o inferior), la situación es similar. ¿Había considerado alguna vez el bilingüe caballero el problema de las prisiones?

Claro que sí. Él mismo había sido encarcelado, hospitalizado, encarcelado otra vez y juzgado en dos ocasiones por estrangular a una muchacha norteamericana (ahora *Lady X*):

—En cierto período tuve un compañero de celda monstruoso, durante un año entero. Si fuese poeta (pero sólo soy corrector de pruebas) le describiría la naturaleza celestial del confinamiento solitario, la felicidad de un lavabo inmaculado, la libertad de pensamiento en la cárcel ideal. El propósito de las prisiones —sonriendo al señor Wilde, que miraba su reloj y de todos modos no veía gran cosa— no es, desde luego, curar a un asesino, ni tampoco es sólo castigarlo (¿cómo se puede castigar a un hombre que lo tiene todo consigo, dentro de él, a su alrededor?). Su *único* propósito, un propósito pedestre, pero el único lógico, es evitar que un asesino mate de nuevo. ¿Rehabilitación? ¿Libertad condicional? Un mito, una broma. No es posible corregir a los brutos. A los ladronzuelos no vale la pena corregirlos (en su caso basta con el castigo). Actualmente, son corrientes ciertas tendencias deplorables en círculos *soi-disant* liberales. Para decirlo concisamente: un asesino que se ve a sí mismo como una víctima, no es sólo un asesino, sino además un imbécil.

—Creo que debo marcharme —dijo el pobre y estólido Wilde.

—Los hospitales psiquiátricos, los manicomios, los asilos, todo eso me es también familiar. Vivir hacinado en un pabellón con una treintena de idiotas incoherentes es un infierno. Yo fingí violencia con el fin de conseguir una celda solitaria o que me encerraran en la condenada ala de seguridad del hospital, inefable paraíso para *esta* clase de pacientes. Mi única posibilidad de permanecer cuerdo era parecer subnormal. Era un camino de espinas. A un apuesto y diestro enfermero le gustaba darme un bofetón con la palma de la mano entre otros dos con el dorso, luego de lo cual yo podía regresar a la bendita soledad. Debería añadir que cada vez que mi caso salía a colación, el psiquiatra de la cárcel aducía que me negaba a hablar de lo que en su jerga profesional llamaba «sexo conyugal». Me siento tristemente satisfecho de decir, y tristemente orgulloso también, que ni los guardianes (algunos de ellos humanos e ingeniosos) ni los inquisidores freudianos (todos ellos necios y farsantes) abatieron o cambiaron en modo alguno a la triste persona que soy.

Tomándole por un borracho o un loco, *Monsieur* Wilde se había alejado pesadamente. La bonita recepcionista (la carne es la carne, el aguijón rojo es *l'aiguillon rouge* y a mi amor no le importaría) había empezado de nuevo a hacerle señas. Él se incorporó y se acercó a su escritorio. Estaban haciendo reparaciones en el hotel Stresa, que había sufrido un incendio. *Mais* (bonito índice erecto)...

Nos satisface anotar que, durante toda su vida, nuestro Person había experimentado la curiosa sensación (conocida por tres famosos teólogos y dos poetas menores) de que existía detrás de él —junto a su hombro, por así decirlo— un desconocido más corpulento, increíblemente más sabio, sosegado y fuerte, moralmente mejor que él. En realidad se trataba de su principal «compañero umbral» (un crítico bufonesco había regañado a R. por ese epíteto) y si él hubiera carecido de esa sombra transparente no nos habríamos molestado en hablar de nuestro querido Person. Durante el breve trayecto entre su silla en el salón y el adorable cuello, los labios gordezuelos, las largas pestañas y los velados encantos de la muchacha, Person tuvo conciencia de algo o alguien que le advertía de que debería abandonar Witt y dirigirse a Verona, Florencia, Roma, Taormina, si Stresa había quedado descartada. No hizo caso a su sombra y es posible que, en el fondo, obrara adecuadamente. Creíamos que le quedaban unos pocos años de placer animal; estábamos dispuestos a llevar aquella muchacha a su cama; pero después de todo a él le tocaba decidir, de él dependía morir si lo deseaba.

*Mais* (un poco más fuerte que «pero» o incluso que «sin embargo») ella tenía algunas buenas noticias para él. Había querido trasladarse al tercer piso, ¿verdad? Podría hacerlo aquella misma noche. La señora del perrito iba a marcharse antes de la cena. Era una historia bastante divertida. Parecía que su marido cuidaba perros en ausencia de sus amos. La señora, cuando viajaba, generalmente llevaba consigo un animalito, elegido entre los más melancólicos. Aquella mañana su marido había telefoneado para decirle que el propietario había regresado de su viaje antes de lo previsto y que reclamaba su animalito a grandes gritos.



**E**L hotel restaurante, un lugar bastante lúgubre amueblado en estilo rústico, no estaba lleno ni mucho menos; pero se esperaba la llegada de dos familias numerosas y habría, o debería haber habido (los pliegues de los tiempos verbales están muy desorganizados en lo que hace al edificio que examinamos), un buen desfile de alemanes en la segunda, y más barata, mitad de agosto. Una nueva y agradable muchacha, vestida con un traje folklórico que revelaba una considerable porción de pecho cremoso, había sustituido al más joven de los dos camareros, y un parche negro enmascaraba el tétrico ojo izquierdo del capitán. Nuestro Person iba a trasladarse a la habitación 313 inmediatamente después de cenar, y celebró el inminente acontecimiento tomando su razonable ración: un *Bloody Ivan* (vodka con zumo de tomate) antes de la sopa de guisantes, una botella de vino del Rin con el cerdo (disfrazado como «chuletas de ternera») y un aguardiente doble con el café. El señor Wilde miró hacia otro lado cuando el mentecato, o drogado, norteamericano pasó junto a su mesa.

La habitación era exactamente como él la quería o la había querido (¡otra vez los tiempos enmarañados!) para la visita. La cama, en su rincón sudoccidental, estaba bien enjaezada, y la criada que llamaría o podría llamar al cabo de un rato para prepararla no recibiría o puede que no recibiera permiso para entrar, si entradas y salidas, puertas y camas, aún perduraban. Sobre la mesita de noche, un paquete nuevo de cigarrillos y un reloj de viaje tenían por vecina una caja muy bien envuelta que contenía la figurilla verde de una esquiadora que brillaba a través de la doble envoltura. La alfombrilla de la cama, una glorificada toalla del mismo color azul pálido que la colcha, estaba todavía bajo la mesita de noche; pero como ella se negó por anticipado (¡caprichosa! ¡recatada!) a quedarse hasta el alba, no vio, no vería jamás, cómo la alfombrilla cumplía su deber de recibir el primer cuadrado de sol y el primer contacto de los dedos rodeados de esparadrapo de Hugh. Un ramo de campánulas y acianos azules (sus distintos matices sostenían una pelea de amantes) había sido colocado, bien por el director adjunto, que respetaba el sentimiento, bien por el mismo Person, en un jarrón sobre la cómoda, al lado de la corbata dejada allí por Person, que era de un tercer matiz azul pero de otro material (*sericanette*). De

haber sido posible enfocarlo adecuadamente, podría distinguirse un revoltijo de coles de Bruselas y puré de patatas, pintorescamente mezclados con carne rosácea, que evolucionaba con rapidez en las entrañas de Person, y también se podría distinguir en ese paisaje de serpientes y cuevas dos o tres semillas de manzana, humildes viajeras de una comida anterior. Su corazón tenía forma de lágrima, y era de un tamaño menor al que correspondería a un individuo tan corpulento.

Si regresamos al nivel correcto, vemos el impermeable negro de Person colgado de un gancho y su chaqueta gris antracita sobre el respaldo de una silla. Bajo el minúsculo escritorio, lleno de cajones inútiles, en el rincón nororiental de la habitación iluminada por una lámpara, el fondo de la papelera, recientemente vaciada por el sirviente, conserva un tizne de grasa y un fragmento de servilleta de papel. El perrito de Pomerania está dormido en el asiento trasero de un Amilcar conducido por la esposa del cuidador de canes, que regresa a Trux.

Person visitó el baño, vació la vejiga y pensó en tomar una ducha, pero ahora ella podía regresar en cualquier momento... ¡si es que regresaba! Se puso su elegante suéter de cuello cisne y encontró una última tableta antiacidez en un bolsillo de la chaqueta recordado pero no localizado de inmediato (es curiosa la dificultad que tienen algunas personas para distinguir de una mirada el lado derecho del izquierdo en una chaqueta colgada de una silla). Ella siempre decía que los verdaderos hombres tenían que vestir de un modo impecable, aunque no deberían bañarse demasiado a menudo. Un leve olor masculino proveniente del *gousset*, decía, resultaba bastante atractivo, y sólo las señoras y las doncellas deberían usar desodorante. Jamás en su vida había él esperado a alguien o algo con tal excitación. Tenía la frente húmeda, temblaba, el corredor era largo y estaba en silencio, los pocos ocupantes del hotel estaban casi todos abajo, en el salón, charlando o jugando a las cartas, o balanceándose felices al borde del sueño. Retiró las sábanas y apoyó la cabeza en la almohada mientras los tacones de sus zapatos estaban aún en comunicación con el suelo. A los principiantes les gusta contemplar cosas tan fascinantes como el somero hueco en una almohada tal como se ve a través de la frente de una persona, el hueso frontal, el ondulante cerebro, el hueso occipital, la parte trasera de la cabeza y su negro cabello. En el principio de nuestro siempre fascinador y a veces aterrador nuevo ser, esa clase de curiosidad inocente (un niño jugando con sinuosas refracciones en el agua de un arroyo, una monja africana en un convento ártico que toca con placer la frágil superficie de su primer diente de león) no es infrecuente, sobre todo si se sigue a una persona y las sombras de materia relacionada desde la juventud hasta la muerte. Person, *esta* persona, estaba en el imaginado borde de un arrobamiento imaginado cuando se aproximaron la pisadas de Armande, tachando los dos «imaginado» en el margen de la prueba (¡nunca demasiado ancho para correcciones e interrogantes!). Aquí es donde el orgasmo del arte corre a través de la espina dorsal con una fuerza incomparablemente mayor que la del éxtasis sexual o la del pánico metafísico.



En ese momento de la ahora indeleble aparición de Armande a través de la límpida puerta de la habitación de Hugh, éste sintió la exaltación que experimenta un turista cuando despegua y, por usar una metáfora neohomérica, la tierra se inclina y luego recupera su posición horizontal, y prácticamente en un instante estamos a centenares de metros por encima del suelo, y las nubes (ligeras nubes como vellones de lana, muy blancas, más o menos holgadamente separadas) parecen descansar sobre una lámina de cristal en un laboratorio celeste, y a través de este cristal, muy por debajo de él, aparecen fragmentos de la tierra como panes de jengibre, una ladera rocosa, un lago redondo de color índigo, el verde oscuro de los bosques de pinos, las incrustaciones de los pueblos. Aquí llega la azafata trayendo relucientes bebidas, y es Armande, que acaba de aceptar su proposición de matrimonio, aunque él le advirtió que sobreestimaba muchas cosas, los placeres de las fiestas en Nueva York, la importancia de su trabajo, una herencia futura, el negocio de papelería de su tío, las montañas de Vermont... y he aquí que el avión estalla con un rugido y una tos acompañada de náuseas.

Tosiendo, nuestro Person se irguió en la asfixiante oscuridad y tanteó en busca de la luz, pero el chasquido de la lámpara fue tan ineficaz como el intento de mover un miembro paralizado. Puesto que la cama de la habitación del cuarto piso que había ocupado estaba en otra posición, más septentrional, se encaminó hacia la puerta y la abrió, en vez de intentar huir, como pensaba que hacía, a través de la ventana, que estaba entreabierta y que se abrió más en cuanto una fatal corriente de aire acarreó el humo desde el pasillo.

El fuego, alimentado primero por trapos empapados en petróleo amontonados en el sótano y auxiliado luego por fluidos más ligeros rociados juiciosamente aquí y allá en escaleras y paredes, ascendió con rapidez por todo el hotel, aunque «por fortuna», como diría a la mañana siguiente el periódico local, «sólo perecieron unas cuantas personas porque había pocas habitaciones ocupadas».

Ahora las llamas subían por las escaleras, en tríos, en fila india, cogidas de la mano, lengua tras lengua, conversando y tarareando alegremente. Pero no fue el calor de su flamear, sino el humo acre y oscuro lo que hizo que Person entrara de nuevo en su habitación. Perdone, dijo una cortés llamita que mantenía abierta la puerta que él se esforzaba en vano por cerrar. La ventana se cerró con tal fuerza que sus vidrios se rompieron en un torrente de rubíes, y él se dio cuenta antes de morir asfixiado de que una tormenta en el exterior ayudaba al fuego del interior. Al final, la sofocación le hizo intentar la huida por la ventana y tratar de bajar hasta el suelo, pero no había balcones ni salientes en aquel lado de la casa en llamas. Cuando llegó a la ventana, una larga llama con la punta de color lavanda se alzó para detenerle con un gracioso gesto de su mano enguantada. Los tabiques de yeso y madera que se desmoronaban permitían que llegaran hasta él gritos humanos, y una de sus últimas ideas equivocadas fue que eran gritos de personas deseosas de ayudarle, y no los aullidos de otros que estaban en su misma situación. Anillos de colores difuminados se

cerraban a su alrededor, recordándole brevemente una imagen de la infancia en un libro aterrador sobre triunfales verduras que giraban cada vez más deprisa alrededor de un muchacho vestido con una camisa de dormir que intentaba desesperadamente despertar del vértigo iridiscente del sueño. Su última visión fue la incandescencia de un libro, o una caja, que se había vuelto del todo transparente y hueco. De *esto* se trata, según creo: no la cruda angustia de la muerte física, sino los dolores incomparables de la misteriosa maniobra mental necesaria para pasar de un estado del ser a otro.

—¿Sabes, hijo?, se hace fácilmente.